

**Sumario:**

*Este trabajo como lo dice su título, quiere mostrar que la Palabra es un elemento esencial en el ser y quehacer del Presbítero. Profundiza en la predicación del Presbítero como tal, en la experiencia de la fe, en la catequesis escuchada, vivida y celebrada en la comunidad.*

## La Palabra: elemento esencial del ser y quehacer del presbítero

Pbro. Luis Antonio Vallejo

*Sacerdote de la Diócesis de Granada, Nicaragua.  
Este es el capítulo tercero de su tesis para la Licenciatura en Teología con énfasis en Formación Sacerdotal sobre "El ministerio como servicio a la Palabra: Un elemento esencial en el ministerio del Presbítero".*

## 1. El presbítero, hombre de la Palabra al estilo de Jesús

**L**os presbíteros en la Iglesia, al igual que los profetas del Antiguo Testamento, son hombres llamados\* por la Palabra, para estar a la escucha de la misma, y para ser enviados como pregoneros del Evangelio. El nos incorporó “al número de los presbíteros de la Iglesia, para que fuéramos a anunciar el Evangelio, hasta los confines del mundo y de la historia”<sup>1</sup>. El presbítero es un enviado de Dios en el mundo. “El profeta es ante todo un hombre carismático: no es representante de la institución, ni delegado de un grupo social, sino enviado de Dios. Por eso fundamenta su mensaje apelando a su propia experiencia de llamada”<sup>2</sup>. Son hombres con una vocación, a diferencia de los sacerdotes de la antigua Alianza. Son hombres con una misión específica y preponderante, de gran importancia para el nacimiento de la fe y vida de la Iglesia. Iglesia que se convierte en comunidad de creyentes por la escucha de la palabra de boca de sus ministros. Palabra que llega al corazón del hombre y llama a la conversión-reconciliación del hombre con el verdadero Dios.

“El llamamiento que hace Jesús a sus discípulos tiene un fin inmediato: el seguimiento <<Venid en pos de mí>>, integrar el grupo de los que le acompañarán siempre y formarán el grupo que todos conocerán como <<los discípulos del Jesús>>

476

No sólo los llama, sino que los envía: “venid conmigo y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19); los llamó “para estar con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3, 14-15). La mies necesita obreros, Jesús quiere que otros brazos compartan su misma tarea. “Llamó a sus discípulos y Eligió a doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles” (Lc 6, 13ss; Mc 3, 13; Mt 10, 1; Hch 1, 13)

<sup>1</sup> PRECHT BAÑADOS, Cristián. Pastores al estilo de Jesús. Bogotá: CELAM, 2000. p. 16

<sup>2</sup> PIKAZA, Xavier. Dios judío, Dios cristiano. El Dios de la Biblia. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1996. p. 143



(Cfr. Mt 12, 1s; 17, 16; Lc 9, 40); y otro que podemos llamar mediato: convertirse en <<pescadores de hombres>> ( Cfr. Mt 4,19). No se trata de un grupo cerrado, como el de los fariseos ( Mt 22, 16 ), no los llama para aislarlos del mundo, como los Esenios de Qumrán: tendrán una misión que han de cumplir ante los hombres, cuyos riesgos y responsabilidades habrá de explicarles más tarde ( Cfr. Mt 10, 5-25)<sup>3</sup>.

La Iglesia tiene necesidad de presbíteros que se consagren plenamente a Dios y a la misión de Cristo. A realizarla en el mundo de la misma manera que la realizó el Maestro de Nazaret. Pero consagrarse a la misión está en íntima relación con el consagrarse a la escucha de la palabra, como lo hizo el profeta, como lo hizo Jesús escuchando la voz del Padre para comunicarla. “Dios que se vuelve palabra, principio de comunicación, en el mismo centro de la historia”<sup>4</sup>. “Ser servidores de la palabra requiere que primero la escuchen en su corazón”<sup>5</sup>. El presbítero se pone en primer lugar a la “escucha” de la palabra (Cfr. DV 10), para tener experiencia de ella, conocerla existencialmente, que tenga repercusión en su vida y en el desempeño de su ministerio. Como producto de este acercamiento y vivencia existencial de la palabra, el presbítero sale convertido en “hombre de la palabra de Dios”, en testigo cualificado de la palabra del Padre hecha carne.

El Dios de quien tiene experiencia el Presbítero, “no es el Dios del silencio, misterio escondido en la contemplación del solitario. Ni el Dios del sacrificio que se sacia y aplaca con sangre. Este es el Dios que dialoga con el hombre abriéndole al futuro del juicio y de la vida sobre el mundo”<sup>6</sup>. “Jesucristo, palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, habla las palabras de Dios y realiza la obra de la salvación” (DV 4).

3

Conferencia Episcopal de Colombia. El Ministerio del Presbítero en la Comunidad Eclesial. Bogotá: SPEC, 1977. p. 14. Cfr. ARNAU, Ramón. Orden y ministerios. Madrid: BAC, 1995. p. 35- 40

4

PIKAZA, Xavier. Op. Cit., p. 143

5

BUSQUETS, Joan. La Vocación Seguimiento y Servicio. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 1997. p. 34. Cfr. CUBELLS BOTELLA, Vicente, Op. Cit., p. 172. BUNNIK, R. J. Op. Cit., p. 37

6

PIKAZA, Xavier. Op. Cit., p. 143



A partir de esta experiencia personal de la palabra, el hombre de hoy puede leer en la vida del presbítero la palabra de Dios; “en Jesús\* la persona del mensajero no desaparece detrás del que lo envía, sino que se funde e identifica realmente con el que lo envía”<sup>7</sup>.

Esto que se dice, no era desconocido para el pueblo de Israel con referencia a la persona del profeta, ya que la vida del profeta de Israel, era un gritar la palabra de Dios. Toda su vida era un expresar la palabra ya que ella lo tomaba, se posesionaba totalmente de él y de toda su existencia. Esto en la vida de Jesús de Nazaret, el profeta definitivo del Nuevo Testamento, palabra por excelencia del Padre, toma significación y sentido definitivo. “Si algo nos dicen los evangelios sobre Jesús, es que entre lo que enseñaba y lo que hacía había una completa coherencia”<sup>8</sup>. El es la máxima expresión de la revelación de Dios en la historia humana y de una manera tal que no hay disparidad entre lo que dice y lo que hace. Toda su vida es un decir a Dios, un manifestarnos el rostro del Padre, su vida es vivir “según Dios”. El es en definitiva la perfecta revelación de Dios en la historia y vida de los hombres.

El presbítero maestro de la palabra, es el responsable de hacer presente a Dios en la vida de los hombres, manifestarlo en la totalidad de su vida ya que es esencialmente un misionero, para eso ha sido llamado; “el señor Jesús, ya desde el comienzo, llamó *a sí a los que El quiso y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar (Mc 3, 13)*. Así, los apóstoles fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada” (AG 5).

“El Señor Jesús después de orar al Padre, llamó hacia sí a los que quiso y designó a doce para que vivieran con Él y para enviarlos a anunciar el Reino de Dios (Cfr. Mc 3, 13- y Mt 10, 1- 42). Con estos

A partir de Jesús, la misión que tiene su origen en el Padre no es meramente un componente de su existencia, sino que constituye su vida misma. A partir de Jesús, ser llamado por él y ser enviado a los hombres constituye el ministerio propiamente cristiano. No se trata únicamente de un estilo de vida, sino de la constitución esencial de los ministerios de la Iglesia. La llamada y el envío, “hacer nacer” la realidad ministerial. Cfr. SÁNCHEZ CHAMOSO, Román, Op. Cit., p. 187

<sup>7</sup> Ibid., p. 186

<sup>8</sup> RENIER, Brian. Jesús el Maestro. Madrid: San Pablo, 1996. p. 49

apóstoles (Cfr, Lc 6, 13) formó una especie de colegio o grupo estable, y eligiendo de entre ellos a Pedro lo puso al frente de él (Cfr. Jn 21, 15-17). Los envió en primer lugar, a los hijos de Israel, luego a todos los pueblos (Rom 1, 16) para que participando de su potestad, hicieran a todos los pueblos sus discípulos... Los apóstoles, mediante el anuncio del Evangelio en todas partes (Mc 16,20), acogido por los oyentes bajo la acción del Espíritu Santo, reúnen a la Iglesia universal que el Señor fundó en los apóstoles...” (LG 19).

El presbítero es un enviado de Cristo ante sus hermanos (2 Cor 5, 20). “Dios habla y actúa por medio de él... se hace presente en la comunidad por medio de su enviado”<sup>9</sup>. “El que os recibe a vosotros, a mi me recibe y el que me recibe a mi, recibe al que me envió” (Mt 10, 40; Mc 9, 37; Lc 9, 48; Jn 13, 20). El ministerio de la palabra realizado por el presbítero, es “un ministerio o servicio, realizado en primer lugar por nuestro Señor, quien ha venido no a ser servido, sino a servir, y quien nos comunica no un mensaje propio, sino el que ha recibido del Padre”<sup>10</sup>.

El presbítero es un llamado para cumplir una misión que brota de Dios\*. “La llamada dirigida por Cristo a sus apóstoles, y después, por su mediación a todos los ministros, es una verdadera palabra creadora que produce lo que significa. No se contenta con separar de los fieles a los llamados; les da el poder de anunciar la palabra de Dios por misión propia”<sup>11</sup>.

Es la misma misión de Jesús, recibida del Padre: <<como el Padre me envió, así os envío yo también al mundo>> (Jn 17, 18). El presbítero es un enviado de Cristo, para que su misión se propague de modo que llegue a todos. Sin el testimonio de los presbíteros es imposible encontrar a Cristo. Recordemos la doctrina paulina: Creer para invocar a Dios, haber oído para creer, predicar para que oigan,

<sup>9</sup> Ibid, p. 187

<sup>10</sup> BYRNE, Andrew, Op. Cit., p. 37

Es un hecho histórico seguro que Jesús llamó a algunos a seguirle en comunidad de Vida, misión y destino, y los llamó con autoridad, sin condiciones, ni explicaciones (Mc 1, 17ss; 2, 14). Así comienza su actividad pública y los evangelios se abren con esta peculiar llamada y los llama para ser enviados a una misión.

<sup>11</sup> GRELOT, Pierre. El Ministerio de la Nueva Alianza. Barcelona: Herder, 1969. p. 112-113

enviar para predicar (Cfr. Rom 10, 14). “Si los enviados de Dios dejan de hablar de Él y de Jesucristo, la vida eterna no viene ya a la tierra y la voluntad de aquel que ha enviado a Jesucristo, a su Espíritu y a sus apóstoles deja de cumplirse”<sup>12</sup>. Esta es una de las razones que dan importancia a este ministerio en la vida y misión del presbítero.

El Nuevo Testamento que indica tanta variedad de oficios en la comunidad, sólo da un contenido: el ministerio de la palabra (Hch 6, 4). El presbítero en el Nuevo Testamento es aquel a quien ha sido confiada la palabra. “Como el Padre me ha enviado, os envío (Jn 20, 21). El Padre envió su palabra, para ser transmitida como palabra hablada. El presbítero es un enviado para anunciar eficazmente el evangelio. Esto es lo dominante en la misión “haced discípulos...enseñándoles” (Mt 18, 20), después se celebrarán los sacramentos, lo primero es anunciarles la palabra para llamarlos a la fe. El anuncio del Evangelio implica una triple relación:

- a) una verdadera relación existencial. No se puede limitar el servicio a la palabra a una simple proclamación de una realidad que queda fuera de la vida;
- b) de ello se deriva un peculiar estilo de proclamación que evita rigurosamente toda propuesta persuasiva de tipo intelectual, con un discurso gris en cuanto a los contenidos espirituales y fácilmente acomodaticios;
- c) sin embargo, todo esto no puede ser sólo un esfuerzo aislado del presbítero, sino que es el momento fuerte de toda una pastoral orgánica que se recupera en su núcleo esencial con una introducción personal, comunitaria, individual de la palabra<sup>13</sup>.

En el Nuevo Testamento los ministerios primarios y fundamentales son: “apóstoles, profetas y maestros” (1 Cor 12, 28), y lo mismo la lista que aparece en Efesios 4, 11-12, donde se añade el de “Evangelizadores” y “pastores”. Y cuando todos estos ministerios

<sup>12</sup> DEWAILLY, I. M. Teología del Apostolado. Barcelona: Estella, 1965. p. 51

<sup>13</sup> Cfr. BOROFFIO, B. Sacerdocio. En: SARTORE, Domenico, TRIACCA, Achille M, Op. Cit., p. 1775-1776



confluyen en los presbíteros, a ellos Pablo les encarga tanto en las pastorales como en Hechos de los Apóstoles 20, 28-32, la vigilancia doctrinal y la predicación, como el mismo lo hacía: "...ay de mi si no predicara el Evangelio": de ahí que en las pastorales, la cualidad que pide al presbítero es la pureza de doctrina (Tit 1,3).

Los servidores de Cristo son, pues, en primer lugar, en el Nuevo Testamento, "los servidores de la palabra (Hch 6, 4; Lc 1, 2), los que anuncian el evangelio cumpliendo así un servicio sagrado (Rom 15,16; Col 1, 23; Flp 2, 22), <<con toda humildad>>, y si es preciso <<en lágrimas y en medio de las pruebas>> (Hch 20, 19)"<sup>14</sup>.

El presbítero es, pues, el hombre de la palabra. Llamado por "Dios palabra" a su servicio de una manera radical y para siempre. Él tiene que ser fiel a esta palabra comunicada. Así el presbítero al igual que el profeta tiene su existencia partida, por el hecho de ser fiel y obediente al mensaje que le ha sido confiado.

## **2. El servicio a la palabra un elemento esencial al presbítero**

### **2.1 Ministros de la Palabra hoy**

Aparece de manera clara y bien fundamentado, bíblicamente, en la tradición y el magisterio de la Iglesia que el presbítero es en primer lugar, el ministro de la palabra de Dios<sup>15</sup>. Esta preponderancia y esencialidad es por la importancia que tiene este ministerio, con referencia a la fe, a la vida de la Iglesia y a la vida del presbítero de una manera especial. "A este enunciado sobre la obligación de predicar que le incumbe al presbítero, la doctrina de la Iglesia le ha añadido dos precisiones que no debemos pasar por alto: la primera es que la palabra que enseña no es la <<suya>>, sino la del que lo

<sup>14</sup> LEÓN-DUFOUR, X. Op. Cit., p. 850

<sup>15</sup> Cfr. ARNAU, Ramon, Op. Cit., p. 201. Cfr. BOROBIÓ, Dionisio. Los ministerios en la Comunidad. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 1999. p. 228-230



envió y la segunda es que él enseña en nombre de Cristo para recordarle su función vicaria<sup>16</sup>.

Este ministerio lo tiene que desempeñar de una manera activa en medio de la comunidad. "El presbítero tiene que desempeñar un papel activo en hacer conocer la palabra, lo que significa inspirarse en el mensaje evangélico\*. El ministro de la palabra aviva la fe de los laicos y ahonda su propia comprensión, pero la fe testimonial de los laicos es también una inspiración para el ministro"<sup>17</sup>.

Su ministerio lo ve fecundo y esencial, necesario por la acogida en la fe de la palabra anunciada y profundizada por la Iglesia. "La predicación de los pastores, la reflexión de los creyentes, la experiencia de vida en general, <<la piedad>> de los fieles, todo esto contribuye a la mejor comprensión tanto de las cosas transmitidas, como de la palabra misma"<sup>18</sup>.

El ministerio profético de los presbíteros es para la Iglesia una prenda de su destino glorioso, porque afirma la presencia y acción del resucitado. Se cumplen las promesas, se da la gracia, se inaugura la gloria: los apóstoles lo proclaman y lo demuestran. Por la fuerza del Espíritu que mora en ellos, atestiguan que el Señor está presente en su Iglesia. El ministerio de la palabra del presbítero prolonga la misión de Cristo y, por tanto la de los apóstoles. Por eso, este ministerio, es prioritario y de capital importancia en la vida de la Iglesia. Así lo atestigua la reflexión teológica antes del Vaticano II, en el Concilio, y después del Concilio.

Esta prioridad del servicio a la palabra respecto a otras funciones ministeriales, ha sido defendida de modo especial por K. Rahner, quien sostiene que es justamente esta función la que marca la fundamental especificidad del ministerio ordenado. Con respecto a esto Rahner opi-

<sup>16</sup> Ibid, p. 201

\* Para Juan Pablo II el presbítero tiene que ser el primer "creyente" de la palabra de Dios. Cfr. PDV 26. CASTILLO, José María, Op. Cit., p. 188. La Iglesia tiene que inspirarse en el Evangelio, que predica todos los días y que quiere sinceramente que los hombres conozcan a Jesucristo.

<sup>17</sup> BUNNIK, R. J. Op. Cit., p. 69

<sup>18</sup> ZAMBARDIERI, Aníbal, Op. Cit., P. 371



na: que para determinar la esencia del ministerio del presbítero lo mejor no es partir del poder sacramental, tampoco del concepto de mediador porque el mediador es Cristo, sino que hay que partir de un ordenado concepto Eclesiológico. Ya que en la Iglesia existen los ministerios ordenados y carismas. Ambos tienen un lugar y son necesarios para la edificación de la Iglesia. La Iglesia como sacramento de salvación, es la oferta de salvación a los hombres, en ella se actualiza de manera permanente la Palabra escatológica, poderosa, personal de Dios en Jesucristo. Esta palabra ha sido confiada a la Iglesia, la cual hace presente por medio de esta palabra predicada el acontecimiento de la salvación. Esta manifestación histórica de la salvación por parte de la Iglesia se realiza de manera concreta por parte del ministerio de la palabra de los ministros. Sólo ellos pueden hacerlo con especial cualificación, en orden a discernir el verdadero mensaje y a manifestar la salvación. El ministerio es la autorización para el servicio de la palabra en cuanto palabra de la Iglesia, que es transmitida a una persona particular. El presbítero es un “heraldo” del Evangelio, ligado a una comunidad de fe, que habla por mandato de la Iglesia y, por tanto, oficialmente, de manera que al presbítero le son confiados sacramentalmente los más altos grados de <<intensidad de la palabra>><sup>19</sup> .

Este ministerio de la palabra el presbítero lo ejerce a la manera de su Maestro el Señor Jesucristo\* . Lo desempeña, con solicitud por los que están necesitados de la palabra de vida. “Calificándose como sus discípulos, apasionados de su verdad, que libera y salva”<sup>20</sup> . Con valentía, afrontando cualquier dificultad que pueda producir el ser “heraldo” del evangelio (recordemos al apóstol de los gentiles), con sagacidad en el momento de anunciar a Cristo en cualquier tipo de cultura y países donde otra religión sea predominante. “Al anunciar el evangelio los ministros del orden, sobre todo obispos y sacerdo-

<sup>19</sup> Cfr. RAHNER, K. Punto de Partida Teológico para determinar la Esencia del Sacerdocio Ministerial. En: Concillium. Estella, Vol. 5, No. 43 (Mar 1969); p. 440- 445

¿Qué métodos o estrategias usó Jesús en su enseñanza?. Jesús enseña con el ejemplo. Jesús se acerca a la experiencia vital de sus oyentes, Jesús hace preguntas y las contesta, por último Jesús usa la Biblia judía. Cfr. GRENIER, Brian. Jesús Maestro, Op. Cit., p. 49-53

<sup>20</sup> FORTE, Bruno. ¿Dónde va el Cristianismo?, Op.Cit., p. 130

tes, deberán tener presentes los recientes hallazgos\*\* teológicos del magisterio conciliar y posconciliar junto a las prioridades pastorales; necesitan de coraje e inteligencia a fin de favorecerlas en la diversidad de las situaciones concretas”<sup>21</sup>.

Además el ministro del Evangelio conducido por el Espíritu Santo<sup>\*\*\*</sup>, debe tener una solicitud incalculable hacia los más pobres, que son el centro de atracción principal en el ministerio de Jesús, *“el Espíritu del Señor sobre mí, por que me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, y para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4, 18- 19). “El Verbo hecho carne es enviado al mundo para <<anunciar a los pobres un mensaje de alegría>> (Lc 4, 18) y para <<aglutinar en unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos>> (Jn 11, 52)”<sup>22</sup>.

El presbítero como ministro del evangelio es dueño de una sensibilidad espiritual, para presentar de forma atractiva el mensaje de salvación. Un mensaje situado, que toque la vida concreta de los interlocutores (un mensaje encarnado), “Jesús se ocupaba de las necesidades reales de la gente corriente, necesidades que los escribas tendían a olvidar, usando un lenguaje que podían entender. Era cercano a su vida y, como podría verse en un estudio detallado de su enseñanza, hablaba constantemente y de manera concreta de los menesteres de la vida diaria. La lectura del sermón de la montaña que nos presen-

\*\* Podemos recordar el concepto de misión; la naturaleza y contenido de la evangelización; los medios y los destinatarios de la misma; los agentes y sus métodos; la nueva evangelización o nueva acción misionera; Cfr. FAVALE, Agustino. El Ministerio del Presbítero. Aspectos doctrinales, pastorales, espirituales. Madrid: Sociedad de Educación Atenas, 1989. p. 113

<sup>21</sup> Ibid, p. 113

<sup>\*\*\*</sup> Es interesante, cuando se estudia la Obra del evangelista Lucas (Evangelio y Hechos de los Apóstoles), cómo la presencia del Espíritu es de capital importancia en la obra misionera de la Iglesia. Todos los personajes importantes en la obra están conducidos, empujados por el Espíritu Santo (Lc 4, 18-19). Es Él quien conduce, inspira y mueve a los ministros del evangelio en el Nuevo Testamento, para que éste evangelio sea proclamado hasta los confines del mundo (Mt 28, 19- 20).

<sup>22</sup> Ibid, p.114. Cfr. FORTE, Bruno, Op. Cit., p. 130

<sup>23</sup> GRENIER, Brian, Op. Cit., p. 50

. Que sea en toda su fuerza un mensaje de salvación, como efectivamente lo es el mensaje que nos llega cuando la palabra de Dios es proclamada, profundizada



ta Mt 5-7 lo pone claramente de manifiesto<sup>23</sup>. Que sea significativo en la vida de cada persona y tenga una respuesta a todas sus inquietudes. Que sea verdaderamente un mensaje que de seguridad y confianza, un mensaje que aleje el miedo, el temor, la cobardía y llene de fe, esperanza y amor el corazón de los hombres\*.

En estos momentos, escuchar este mensaje es de vital importancia, para una humanidad que está necesitada de salvación, que se encuentra en busca de sentido y razón ser de la existencia del hombre, que busca una respuesta a los principales interrogantes desde el punto de vista antropológico<sup>24</sup>. Una humanidad que ha expulsado a Dios de su vida.

Ante esta situación, el ministerio del presbítero cobra vital importancia y significación, ya que el es portador de ese mensaje que necesita el hombre de hoy, para eso ha sido llamado, para un ministerio que de sentido a la vida del hombre, que aleje sus temores, que ponga en el centro de su vida el evangelio de Jesucristo, palabra de salvación y prenda de la vida futura. “La evangelización es el acto por el cual la Iglesia, animada por el Espíritu Santo, anuncia y hace presente la salvación que el Padre, en su infinito amor misericordioso, ofrece a todos los hombres en Cristo, muerto, ya resucitado y glorioso<sup>25</sup>”.

Además de proclamar la salvación por las diversas formas (predicación, catequesis, medios de comunicación social), para el presbítero celoso y responsable del evangelio, es siempre válido e indispensable, el contacto personal, como lo atestiguan los diálogos de Jesús con Nicodemo, la samaritana, la mujer adúltera, Simón el fariseo y otros muchos<sup>26</sup>.

## **2.2 Importancia de la Palabra de Dios en la celebración litúrgica**

El Concilio Vaticano II, es el Concilio que más le ha dado importancia a la palabra de Dios en la liturgia. Liberándola de esta manera

---

y enseñada en las facultades de teología, institutos y en cualquier salón de clase por muy humilde que sea.

<sup>24</sup> CAVADI, Augusto. Ser profeta hoy, Op. Cit., p. 49

<sup>25</sup> FAVALE, Agostino, Op. Cit., p. 115

<sup>26</sup> Cfr. Ibid, 119



del rubricismo que imperaba antes del Concilio, en las celebraciones litúrgicas, como consecuencia de haber hecho a un lado la palabra de Dios\*. La importancia de la palabra se nota en la Sacrosanctum Concilium. Cristo aparece como sujeto principal de la predicación, del anuncio del Evangelio centro de la revelación. Para el Concilio la palabra celebrada en la liturgia es una *palabra eficaz*, “la lectura es un signo de la presencia de Cristo en la asamblea. La palabra tiene un carácter cuasi-sacramental. A través de las lecturas se actúa ese dinamismo, esa eficacia que la palabra de Dios atribuye a la tradición bíblica y que posee de modo pleno la palabra de Cristo como palabra del Hijo de Dios enviado por el Padre al llegar la plenitud de los tiempos”<sup>27</sup>. En la liturgia Cristo, “está presente en su palabra pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla” (SC 7). “Aunque la sagrada liturgia es, principalmente culto a la divina majestad, contiene también una gran introducción para el pueblo fiel. En efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo: Cristo sigue anunciando el Evangelio. El pueblo responde a Dios con cánticos y oraciones” (SC 33).

Llama la atención de manera especial cómo el Concilio pone el misterio trinitario como modelo, punto de partida y fuente de toda la vida. Esto lo encontramos principalmente en *Lumen Gentium*, *Dei Verbum*, en el Decreto sobre la acción misionera (*Ad Gentes*). Cristo en su misterio pascual es la plenitud de la revelación, el punto culminante del amor de Dios, siempre operante y presente todos los días, especialmente en la liturgia (Cfr. DV 4; SC 6. 7. 35). Cristo, misterio pascual, es el centro fundamental de la Vida y de la historia del hombre.

El misterio pascual es el centro y contenido de la predicación cristiana y es el centro y fundamento de la celebración litúrgica de la Iglesia. Lo que la palabra anuncia eficazmente, la Iglesia lo celebra, es la celebración de la obra de Dios actualizada en la palabra y celebrada en los sacramentos. La palabra es importante en la Celebra-

\* “Hay que reconocer que una cierta evolución histórica fue empobreciendo y reduciendo a su mínima expresión esta riqueza abundancia y variedad de lecturas. Influyó entre otras causas, el principio rígido e inflexible mantenido en la Iglesia romana de no traducir los textos litúrgicos a la lengua del pueblo. Así el pueblo fue desinteresándose de las lecturas y desentendiéndose de ellas”.BOROBIO, Dionisio. *La Celebración en la Iglesia. Liturgia y Sacramentología Fundamental*. Vol. I, Salamanca: Sígueme, 1995. p. 243



ción litúrgica además porque, “acarrea consigo al mismo comunicante, que a través de las palabras se da a conocer y se hace presente como existente, como persona, como relación y próxima al oyente. En la palabra que Dios dice su comunicación personal adquiere un grado de realidad supremo, porque él es Verbo, para nosotros”<sup>28</sup>.

Esta actualización del ministerio pascual se da de manera especial por la predicación en las celebraciones litúrgicas del presbítero. El presbítero al igual que los apóstoles, hace presente en la comunidad por medio de su predicación y la celebración de los sacramentos el misterio pascual de Cristo.

La importancia que la palabra de Dios tiene en la sagrada Liturgia, se debe también a que en ella Dios continúa hablando a su pueblo. La liturgia equivale a un diálogo entre Dios y el hombre, una dinámica de don de Dios y respuesta del hombre, en cuyo centro resplandece la figura de Cristo como mediador. En ese movimiento, que va de Dios a la comunidad de fe, el ministro de la palabra preside “in persona Christi”, pero en el movimiento que va de la comunidad a Dios, el presbítero actúa «in nomine Ecclesie». Representándola, en la liturgia de la palabra, en las oraciones presidenciales siendo su personificación.

Cristo por medio de la predicación del Presbítero se nos da como palabra salvadora celebrada. La palabra de Dios en la celebración litúrgica, “resulta un factor importante del crecimiento de una comunidad o sea, de su evangelización continuada, es la celebración de la palabra, en la primera parte de la celebración de la eucaristía”<sup>29</sup>, en la que Cristo nos continúa evangelizando y actualizando su salvación. “La palabra de Dios, proclamada domingo a domingo, a lo largo de los años, es la mejor formación permanente que tiene a mano el pueblo cristiano, la evangelización en profundidad”<sup>30</sup>. Cristo se nos da como palabra celebrada en la primera parte de la celebración de los sacramentos, comulgamos con Él, primero como palabra viviente y esta

<sup>28</sup> CAMPS, José. La Palabra de Dios es Celebrada. En: Phase. Barcelona, No. 56, Año 10 (1970); p.146

<sup>29</sup> ALDABAL, José. El Domingo, con la Eucaristía y la Liturgia de las Horas, en la Vida de una Comunidad Cristiana. En: Pastoral Litúrgica. Madrid, No. 224- 225 (En- Abr 1995); p. 20

<sup>30</sup> Ibid, p. 21



primera comunión, nos prepara para la segunda. “La palabra es uno de los principales medios de los que se vale la liturgia para realizar su misión”<sup>31</sup>. La liturgia sabe que su finalidad esencial es anunciar y hacer presente en la existencia concreta de los hombres el misterio de la salvación cumplida en Cristo y entregada a la Iglesia para que la realice con la asistencia y el poder del Espíritu Santo. “En la liturgia se celebran los hechos y palabras\* de salvación que jalonan el itinerario pascual de Cristo, que pasó haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el diablo (Cfr. Hch 10, 38). En las celebraciones litúrgicas el Espíritu hace presente al que quiso hacerse servidor de todos para salvarlos a todos (Cfr. Fil 2, 7)”<sup>32</sup>. La palabra de Dios, en la celebración litúrgica, es vida que se derrama en la comunidad de fe. “Esta constituye el objeto de la celebración. Se celebra precisamente la presencia de Dios ante la asamblea por la comunicación de su palabra”<sup>33</sup>. Y para que esta presencia de Dios en su palabra sea una verdadera celebración, la pastoral litúrgica debe esforzarse para conseguir las condiciones apropiadas. Estas son las condiciones:

- a) Sólo una comunidad madura en la fe, es decir, nutrida de la Palabra de Dios, consciente de su esperanza y activa en su testimonio al mundo, es capaz de celebrar la Palabra de Dios.
- b) No hay que ahorrar esfuerzos para conseguir que la Palabra realmente llegue a la asamblea y le hable. La lectura sólo llega a ser palabra cuando ha sido recibida y operada en el oyente.
- c) Hay que captar la atención del auditorio. Pero esta atención no vendrá como resultado de un despliegue de recursos pedagógicos, pues la atención que se busca no es la psicológica, sino la *atención de la fe*. Esta es suscitada por la misma palabra evangelizadora.

<sup>31</sup> MARTÍN LÓPEZ, Julián. En el Espíritu y la verdad. Introducción Antropológica a la Liturgia. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1994. p. 93

\* En la liturgia, la palabra de Dios no es propiamente anunciada, estudiada, analizada o simplemente leída, sino celebrada. No se celebran ideas sino hechos. La palabra de Dios es considerada en la liturgia como algo que sucede, como un acontecimiento.

<sup>32</sup> Ibid, p. 93

<sup>33</sup> CAMPS, José. La Palabra de Dios es Celebrada, Op. Cit., p. 146

- d) La monotonía de la liturgia de la palabra, consecuencia de su carácter estereotipado, no debe ser eliminada como un defecto, por que es necesaria y deliberada. Luchar contra ella acudiendo a recursos más o menos ingeniosos que le den variedad y atractivo convertirá la celebración en espectáculo.
- e) La multiplicidad de versiones bíblicas y el deseo de adaptación nos ha hecho olvidar la importancia de la fijeza del texto. La palabra como tal tiene su poder: si nos llega siempre idéntica a sí misma se graba en la memoria, se sobrepone a sí misma una y otra vez y va estructurando nuestra mentalidad<sup>34</sup>.

### **2.3 La Palabra en los sacramentos de la iniciación**

Las celebraciones sagradas de la palabra de Dios son sumamente útiles en la vida tanto de cada uno de los fieles, como de las comunidades, para fomentar el espíritu y la vida espiritual, para establecer un amor más intenso a la palabra de Dios y para una celebración más fructuosa de la Eucaristía, como de los otros sacramentos.

#### *2.3.1 La liturgia de la Palabra en el Sacramento del Bautismo*

“Los sacramentos son expresión de la fe eclesial, y al mismo tiempo, aunque a distinto nivel, expresión de la fe subjetiva... la Iglesia es Iglesia creyente expresando su fe en la liturgia y en los sacramentos. La fe que cree es la fe que celebra y la fe que celebra es la fe que cree. Más aún ella es creyente sólo celebrando, y sólo es celebrante creyendo”<sup>35</sup>.

Esta fe que celebra la Iglesia, tiene su origen en la palabra proclamada previamente en la liturgia del Bautismo sacramento de la fe.

“El bautismo puerta de la vida y del Reino, es el primer sacramento de la nueva ley, que Cristo propuso a todos para que tuvieran

<sup>34</sup> Ibid, p. 149-150

<sup>35</sup> BOROBIO, Dionisio. La Celebración en la Iglesia. Liturgia y Sacramentología fundamental, Op. Cit., p. 427. Cfr. DENIS, Henri, Op. Cit., p. 21

la vida eterna y después confió a su Iglesia juntamente con su Evangelio, cuando mandó a los apóstoles: <<Id y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo>>. Por ello el bautismo es en primer lugar, el sacramento de la fe con que los hombres, iluminados con la gracia del Espíritu Santo responden al Evangelio de Cristo”<sup>36</sup>.

Esta liturgia de la palabra debidamente preparada por el presbítero que preside la celebración del sacramento, es esencial para la celebración del mismo, ya que despierta la fe de la comunidad que celebra, para su posterior adhesión y efectos válidos del Sacramento. “El anuncio de la palabra de Dios ilumina con la verdad revelada a los candidatos y a la asamblea y suscita la respuesta de fe, inseparable del bautismo. En efecto, el Bautismo es de un modo particular <<el sacramento de la fe>> por ser la entrada sacramental en la vida de fe” (CEC 1236)\*.

La acción sacramental en la liturgia de la palabra está ligada al sentido, escucha y a la interiorización de la palabra, porque sólo esta palabra facilita el conocimiento del único Dios que nos comunica su salvación en el sacramento del Bautismo. El presbítero jamás ha de perder de vista la conexión necesaria entre la proclamación de la palabra y el sacramento, entre fe y practica la sacramental, entre palabra y liturgia para lograr una verdadera celebración de la salvación proclamada en la palabra. “Jesús es la palabra de garantía de salvación que Dios profirió para cada uno”<sup>37</sup>

Esta palabra es absolutamente necesaria para la celebración, ya que en ella se contiene esencialmente el hecho que se celebra en el sacramento. La salvación en Cristo. “En la liturgia se celebran los hechos y palabras de salvación”<sup>38</sup>. El presbítero en la liturgia de la

<sup>36</sup> Comisión Episcopal Española de liturgia. RITUAL DEL BAUTISMO DE NIÑOS. Barcelona, 1970, p. 10

\* Acerca de la importancia de la fe suscitada por la palabra en el Bautismo ver El Catecismo de la Iglesia Católica en los números 1253-1255. Cfr. CIC. Can. 864. Cfr. TENA, Pere. El Bautismo de niños. En: Dossier CPL 23, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 1984. p. 20

<sup>37</sup> BOFF, Leonardo. Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos. Mínima sacramentalia, 17ª Ed. Bogotá: INDO-AMERICANA PRESS SERVICE LIMITADA, 2002. p.59

<sup>38</sup> MARTÍN LÓPEZ, Julián, Op. Cit., p. 93





palabra, “anuncia la salvación que, a su vez, se confiere con palabras y gesto intrínsecamente unidos. Por medio de la palabra el hombre acoge la salvación de Dios y manifiesta su fe al acontecimiento. Y su disponibilidad para colaborar en el acontecimiento salvífico”<sup>39</sup>.

La función del presbítero es de servicio a esta palabra, para que la obra de la salvación, que, “precisamente empieza por la palabra”<sup>40</sup>, sea una realidad en la vida del bautizando y la comunidad de fe, reunida primariamente por la palabra de Dios para estar en una actitud de escucha y obediencia.

La palabra escrita se hace palabra viva hoy y aquí para esta comunidad. El Espíritu actúa interiormente, intentando hacer viva esa palabra: pero no actúa por carisma y milagros. Que la comunidad llegue a una actitud de escucha acogedora de la palabra, depende en buena parte de los varios ministerios, de manera especial el del presbítero. Si esto funciona, funciona la dinámica de la palabra<sup>41</sup>. Y así llega a la vida, y a la existencia concreta de las personas que celebran el sacramento del Bautismo. El presbítero con su ministerio la hace posible a través de una homilía preparada previamente. Ya que, en su conjunto la liturgia de la palabra y la homilía pronunciada tiene como finalidad, renovar la fe de los presentes y disponerles a que manifiesten con plena convicción la fe de la Iglesia, en nombre de los niños, llevados por el deseo de comprometerse en su formación cristiana y ayudarles a que lleguen a ser adultos en la fe. Por la liturgia de la palabra coordinada por el presbítero con los diferentes ministerios, la comunidad escucha “la palabra de Dios, la palabra de los apóstoles, las palabras de Jesús en el Evangelio. Nos hablarán de la vida nueva que Dios nos ofrece siempre y que hoy derramará sobre estos pequeños”<sup>42</sup>.

Así, pues, no hay actividad y tarea que la Iglesia estime tanto y la considere tan suya como reavivar en los que se preparan, en los padre y padrinos de los niños una fe activa, por la cual, uniéndose a Cristo,

<sup>39</sup> Ibid, p.93

<sup>40</sup> DE LLANOS, José María. Sacerdotes del Futuro. Bilbao: DDB, 1968. p. 140

<sup>41</sup> ALDAZABAL, José. Op. Cit., p.21

<sup>42</sup> LLIGADAS, Joseph. Bautismo, Matrimonio, Exequias. Materiales y Moniciones. Barcelona: Centre de pastoral litúrgica, 1995. p. 258



entren en la Nueva Alianza<sup>43</sup>. Esta es la finalidad de la preparación en el catecumenado, la preparación de los testigos de la fe (padres y padrinos), así como también la preparación de una liturgia de la palabra bien celebrada, las oraciones, la profesión de fe y finalmente el rito del sacramento propio.

Para que una liturgia de la palabra sirva realmente para avivar la fe de los padres y padrinos y demás asistentes a la celebración del sacramento, el ritual del bautismo propone como necesario:

- a) Que sea cuidadosamente preparada y realizada en todas sus partes, lecturas, homilía\*, silencio, oraciones de los fieles, atendiendo al nivel de cultura y de fe de los asistentes;
- b) Que se elija el lugar más apto que reúna las condiciones necesarias de acústica y recogimiento; este será ordinariamente el que se utiliza para la liturgia de la palabra de la misa<sup>44</sup>.

Además es importante para alcanzar un buen fruto en esta celebración, la elección adecuada de las lecturas. La brevedad y el gusto del que preside la celebración no ha de ser el criterio decisivo, sino el interés pastoral de la comunidad que vive la celebración del sacramento iniciado con la proclamación de la palabra. Esta proclamación es anuncio de la salvación, liberación del pecado por la muerte y resurrección de Cristo. Anuncio de que somos arrancados del dominio de las tinieblas, para entrar al reino de la luz actualizado en la palabra proclamada. Así, los hijos de Dios viven, actualizan la salvación en su vida y la hacen suya de una vez y para siempre.

### *2.3.2 La liturgia de la Palabra en el Sacramento de la Confirmación*

La palabra de Dios en el sacramento de la confirmación como en los demás sacramentos, es absolutamente necesaria e importante.

<sup>43</sup> Cfr. RITUAL del Bautismo de Niños, Op. Cit., p. 10

\* La homilía como parte integrante del rito, dentro de su brevedad, tiene la finalidad de explicar las lecturas y conducir a los participantes a un conocimiento más profundo del Bautismo y a la aceptación de las obligaciones que nacen del mismo, de manera especial para los padre y padrinos.

<sup>44</sup> Cfr. Ibid, p. 23

“Debe darse gran importancia a la liturgia de la palabra, por la que comienza el rito de la confirmación. En efecto de la audición de la palabra de Dios emana la multiforme acción del Espíritu Santo. En la Iglesia y en los bautizados, o bien en los que van a ser confirmados; la palabra manifiesta la voluntad de Dios en la vida cristiana”<sup>45</sup>.

Esta palabra es la que revela la acción poderosa del Espíritu Santo, que es el don fundamental que se recibe en este sacramento. Esta palabra, es una palabra eficaz como anteriormente se dijo, porque produce lo que anuncia, hace presente la salvación que se celebra en el sacramento. En pocas palabras hace presente en el confirmando la promesa del Padre, el Espíritu Santo. “El Espíritu es <<la promesa del Padre>> (Lc 24,49; Hch 1, 4; 2, 23) y, por tanto, un don prometido y enviado por el Padre... su tarea es doble: ungir y capacitar a los profetas\*, que han de recorrer el camino, y dirigir y confirmar este camino”<sup>46</sup>. Es tan importante la palabra de Dios en el Sacramento que el ritual manda que se tenga aún cuando el sacramento se celebre fuera de la misa.

La iglesia cuando celebra el sacramento de la Confirmación, se pone en primer lugar a la escucha de la palabra de Dios para recibir el don del Espíritu. “Es el mismo Lucas el que nos dirá que en casa de

<sup>45</sup> Conferencia Episcopal de Colombia. RITUAL DE LA CONFIRMACIÓN. Bogotá: SPEC, Departamento de Liturgia, 1983. p. 21-22

En las Sagradas Escrituras casi todos los personajes importantes, de manera especial los profetas están ungidos por el Espíritu de Dios y son ungidos para una misión a favor del pueblo elegido. El camino que recorren es un camino profético, toda su vida es profética. David habla inspirado por el Espíritu de Dios (Hch 4, 25); Juan el Bautista prototipo del tiempo de la promesa fue lleno del Espíritu Santo; María recibe el Espíritu Santo, que la convierte en virgen y Madre (Lc 1, 35); Simeón, Zacarías, Isabel y todos los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento. Hay que hacer resaltar de manera especial la persona de Jesús de Nazaret en el evangelio de San Lucas. Jesús cumplió las condiciones del profeta: ungido por el Espíritu de Dios, escucha la palabra de Dios y es enviado por él (Lc 3, 21; 4, 18; Hch 10, 38). La vida del confirmado en la iglesia nuevo Pueblo de Dios, tiene que ser necesariamente una vida profética, de liberación y fermento en una sociedad que siempre está necesitada de la palabra de Dios. Se recomienda profundizar acerca de este tema. En: STOGER, Alois. El Evangelio Según San Lucas. Barcelona: Herder, Vol. I, 1975. p. 92-99.

<sup>46</sup> AGUIRRE MONASTERIO, Rafael, RODRÍGUEZ CARMONA, Antonio. Evangelios Sinópticos y Hechos de los Apóstoles. Introducción al estudio de la Biblia. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1994. p. 325

Cornelio el Espíritu vino sobre todos los que estaban escuchando la palabra <<derramándose también sobre los gentiles>> (Hch 10, 44-48)<sup>47</sup>.

Ya en la liturgia de la palabra es una realidad lo que se completará con la imposición de las manos del obispo. La liturgia de la palabra comunica los misterios que en ese momento se están celebrando en el sacramento. El Obispo, en la homilía explica de manera breve las lecturas de tal manera que todos los confirmandos, padres y padrinos y la asamblea de los fieles logren una mayor penetración del misterio de la confirmación. “La comunidad reunida con su obispo dedica su primer tiempo fuerte a escuchar la palabra de Dios”. Es Dios el que tiene la iniciativa, el que anuncia su plan de salvación, el que promete la donación de su Espíritu, el que invita a la iniciación y a la vida cristiana<sup>48</sup>. La finalidad de la homilía en este y en todos los sacramentos es: aplicar el mensaje bíblico a nuestra vida y ayudar a todos a entender desde la fe que ha suscitado la palabra, el sentido profundo de la confirmación<sup>49</sup>.

El bautizado es un confirmado y es confirmado para una misión. Por medio de la confirmación se le ha comunicado de manera especial el don del Espíritu de Dios y se convierte en un nuevo profeta en el Iglesia y en el mundo. La misión que se le confía al confirmado es la misma que Cristo confió a sus apóstoles en Pentecostés.

Es curioso cómo, según lo que revelan los textos de la Sagrada Escritura, lo primero que hacen los apóstoles en Pentecostés es hablar, decir, proclamar las “maravillas de Dios” (Cfr. Hch 2, 1-11).

<sup>47</sup> RUSSO, Roberto. Confirmación. En: Manual de Liturgia. Celebración del Misterio Pascual los Sacramentos: Signos del Misterio Pascual. Bogotá: CELAM, Vol. III, 2001, p. 102

La elección de las lecturas para la liturgia de la palabra en el Sacramento de la Confirmación, debe tener en cuenta la catequesis previa, el grado de preparación de los presentes y también el día o el tiempo en que se celebra el sacramento. Casi todas las lecturas seleccionadas en el ritual apuntan de manera especial al “don de Espíritu”. Se podrían elegir las lecturas según se crea conveniente para el ritmo y provecho de la celebración, de modo que se vea la relación con la historia de la salvación, desde el anuncio del don escatológico del Espíritu en la tradición profética, hasta la realización plena en la nueva Alianza, de manera particular en la persona de Cristo, ungido por el Espíritu Santo para su misión, y su prolongación en la vida eclesial y en la vida cristiana de cada bautizado y confirmado

<sup>48</sup> Ibid, p. 132

<sup>49</sup> Cfr. Ibid, p. 133



Reciben el don del Espíritu e inmediatamente se ponen a predicar. La comunidad cristiana se convierte en una comunidad de testimonio, de anuncio, de misión. Una Iglesia que esencialmente se sabe misionera (Cfr. EN 14). Una Iglesia cuya principal tarea es proclamar al mundo entero el evangelio. “Los niños necesitan de sus padres y maestros para aprender cosas acerca de Dios. Los cristianos adultos necesitan que se les proclame la palabra de Dios en las lecturas litúrgicas y en la palabra profética del predicador”<sup>50</sup>.

### 2.3.3 La liturgia de la palabra en la Eucaristía

“Los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la santísima eucaristía, están conectados de tal manera, que son necesarios para la plena iniciación cristiana” (CIC 842, # 2). son tan inseparables que en la antigüedad, eran llamados, en singular, <<el sacramento de la iniciación>>.

En los tres sacramentos la palabra de Dios juega un papel determinante para la vida en Cristo del bautizado, confirmado y luego robustecido en la eucaristía. Es por eso por lo que el ministerio de la palabra también tiene un papel determinante. “La función del ministerio en el servicio a la palabra es: proclamar la palabra de Dios en la asamblea litúrgica, acoger y vivir el mensaje que se proclama”<sup>51</sup>. El ministerio del presbítero ayuda a que la palabra escuchada se interiorice y sea acogida con actitud abierta.

El presbítero sabe que en la celebración de la eucaristía, su ministerio es vital para que Dios siga hablando a su pueblo y él le responda en la fe: “en efecto, en la liturgia Dios habla a su pueblo, Cristo sigue anunciando el evangelio; y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración” (SC 33; Cfr. 7; IGMR 9). Más aún, el Espíritu Santo hace que la palabra de Dios proclamada en la asamblea sea recibida con fe y produzca su fruto en el corazón de los fieles y en la vida de la iglesia<sup>52</sup>.

<sup>50</sup> WIJNNGAARDS, John. Comunicar la Palabra de Dios. Estella (Navarra), Verbo Divino, 1998. p. 33

<sup>51</sup> BOROBIO, Dionisio. Pastoral de los Sacramentos. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1996. p. 197

<sup>52</sup> Cfr. LÓPEZ MARTÍN, Julián. Revalorizar la Palabra de Dios. En: ALDAZABAL, José, LOPEZ MARTÍN, Julián. Celebrar la Liturgia de la Palabra. DOSSIER CPL 70. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 1996. p. 14



El creyente en la mayoría de los casos, y especialmente en nuestros tiempos, busca en la celebración de la eucaristía la palabra de vida, de esperanza, de fortaleza para los duros momentos que le toca vivir en el camino de la fe. Fe vivida en una sociedad tan exigente como la nuestra. En el día a día el cristiano tiene que dar razón de su fe, no sólo de palabra, sino con el testimonio de vida. Es en esta circunstancia donde la palabra salida de la boca del presbítero tiene que ser proclamada con seguridad, confianza, alejando los temores, haciendo presente la salvación que anuncia y contiene la palabra, “es el acontecimiento de un Dios que habla hoy y aquí a esta comunidad concreta”<sup>53</sup>.

En la celebración litúrgica Cristo está presente en su palabra y, realiza el misterio de salvación, santifica a los hombres y tributa al Padre el culto perfecto (Cfr. SC 7). El ministerio del presbítero en la celebración, es un ministerio de servicio. En este servicio él también está a la escucha de la palabra que proclama, se deja transformar por ella, enriquece su ministerio; la palabra lo toma y lo pone a su servicio, un servicio de salvación.

El presbítero está al servicio de la palabra encarnada del Padre que de manera más clara se realiza en el Sacramento de la Eucaristía. Los fieles convocados en primer lugar por la palabra se disponen a escucharla.

“En efecto la palabra de Dios convocaba ya al pueblo de Israel (Cfr. Ex 12; 20 1-2) y lo constituía en asamblea litúrgica (Cfr. Ex 12; Hch 1-2) como pueblo de su pertenencia, para anunciar a todo el mundo las obras de Dios: << Calla y escucha, Israel. Hoy te has convertido en el pueblo del Señor tu Dios. Escucha la voz del Señor tu Dios y pon en práctica los mandatos y preceptos que yo te prescribo hoy>> (Dt 27, 9-10; Cfr. Sal 95, 1.7-8; Hb 3, 7-11)”<sup>54</sup>.

La Iglesia, “pueblo de la palabra”, también en la eucaristía escucha la palabra de Dios especialmente en la celebración dominical\* . El

<sup>53</sup> ALDAZABAL, José. La Mesa de la Palabra. “Ordenación de las Lecturas de la Misa” textos y comentario. DOSSIERS CPL 37. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 1994. p. 11

<sup>54</sup> Ibid, p. 15

En el año 155 en Roma, Justino es testigo de que en la eucaristía dominical se comenzaba la celebración con la liturgia de la palabra, en la que se leían: los

señor Jesús “en la última cena, después de haber ofrecido su cuerpo y su sangre para la Alianza nueva y eterna, apeló también a la fidelidad a su palabra: << si me amáis, guardad mis mandamientos>> (Jn 14, 15); <<el que me ama guardará mi palabra>> (Jn 14, 23)<sup>55</sup>. Principalmente en la celebración de la eucaristía la Iglesia guarda y reflexiona la palabra de Dios, “como una palabra viva y siempre actual, en la que lee su historia actual, ve reflejada su vida y oye el mensaje que el Dios vivo le dirige hoy”<sup>56</sup>.

En la celebración eucarística el cristiano se alimenta de la doble mesa que Cristo le ofrece. En la primera parte de la eucaristía Dios alimenta a su pueblo con la palabra, así como en la segunda lo hace con el cuerpo y sangre de Cristo<sup>57</sup>: “la Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el cuerpo de Cristo, pues nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo” (DV 21; Cfr. IGMR 8; OLM 10).

## **2.4 La palabra en los sacramentos que están al servicio de la comunidad**

### *2.4.1 La liturgia de la Palabra en el Sacramento del Matrimonio\**

En el sacramento del matrimonio la liturgia de la palabra juega un papel relevante, es el medio utilizado por el presbítero para lograr

---

recuerdos de los apóstoles y los escritos de los profetas y se hacia la homilía. La liturgia de la palabra con varias lecturas y salmos y con el Evangelio como cumbre, al que sigue la homilía, aparece desde entonces en todas las celebraciones litúrgicas de los sacramentos.

55 Ibid, p. 15

56 PALUDO, Faustino, D' ANNIBALE, Miguel Ángel. La Palabra de Dios en la Celebración. En: Manual de Liturgia. La Celebración del Misterio Pascual, fundamentos teológicos y elementos constitutivos de la celebración litúrgica. Bogotá: CELAM, Vol. II, 2000. p. 234-235

57 ALDAZABAL, José. La Doble mesa y sus consecuencias. En: ALDAZABAL, José, LLIGADAS, Josep. DOSSIERS CPL 70, Op. Cit., p. 28.

\* En la liturgia de la palabra, puede haber según el caso, una, dos o tres lecturas, tomadas del leccionario propio. La homilía da oportunidad para centrar más el hecho salvífico sacramental en la dinámica pascual del sacramento. Cfr. FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Conrado. Matrimonio. En: Manual de liturgia. Vol. III Op. Cit., p 391

la respuesta de fe en los bautizados que piden el sacramento del matrimonio. “El sacramento del matrimonio supone la fe, y que sin fe no es lícito celebrarlo”<sup>58</sup>. Los diversos documentos hablan de la necesidad de que los pastores reciban y acojan personalmente a los contrayentes, y que el objetivo principal sea el de << fomentar y robustecer su fe>>, ya que el sacramento del matrimonio <<supone y exige la fe>><sup>59</sup>. En el fomentar y robustecer la fe, está claro que el elemento esencial para lograr este objetivo tiene que ser la palabra de Dios.

En la liturgia de la palabra, se da un diálogo entre Dios y el hombre que sacramentaliza el encuentro, y éste, a su vez, potencia el mensaje. El presbítero tiene reservada la tarea de dar solidez a los contrayentes por medio de la predicación de la palabra, llevarlos a la concepción cristiana del matrimonio, en su aspecto trinitario, Cristológico y eclesial; ellos por su parte a la luz de la palabra escuchada y reflexionada tendrán que rectificar las ideas que se vean teñidas de una cultura egoísta, hedonista y permisiva que tanto abunda en nuestro entorno<sup>60</sup>. La proclamación de la palabra, la escucha atenta de la misma y la aceptación en la fe, tiene que convertirse en la celebración del matrimonio en “una auténtica experiencia de fe, de alabanza, de adoración y de acción de gracias a Dios”<sup>61</sup>.

Es importante en el sacramento del matrimonio que la homilía del presbítero al explicar los textos de la Sagrada Escritura, sea una homilía personalizada\*, con conocimiento de los principios de vida de los novios y de las esperanzas que embargan sus corazones acerca del sacramento que se disponen a celebrar.

En la predicación no se trata de proclamar principios generales acerca del sacramento, sino de dirigirse personalmente a los novios, pero de tal modo que también los demás participantes en la celebra-

<sup>58</sup> COLOMBO, G. Matrimonio. En: SARTORE, Domenico, TRIACCA, Achille M, Op. Cit., p. 1250

<sup>59</sup> Cfr. BOROBIÓ, Dionisio. Pastoral de los Sacramentos, Op. Cit., p. 274

<sup>60</sup> Cfr. FAVALE, Agostino, Op. Cit., p. 159

<sup>61</sup> Ibid, p. 159

\* Durante la homilía la gente que participa en la celebración del sacramento del matrimonio, se peca de que si sólo se dice una predicación preconfeccionada o si el que predica se dirige a las personas presentes con su historia irrepitible



ción se sientan involucrados con el mensaje que se comunica y que está contenido en la palabra de Dios. El rito del matrimonio necesita ambas cosas: el ritual establecido y el elemento personalizado de la palabra que tiene en cuenta la situación concreta de los novios y la comunidad celebrante. Por eso el ritual del sacramento recomienda encarecidamente que los novios tengan participación en la elección de las lecturas para la liturgia de la palabra. “Para que lo que se lea les resulte realmente significativo y estimulante para su vida de fe”<sup>62</sup>. La lectura de la palabra de Dios en este contexto es una fuerte ayuda para vivir más intensamente la fiesta o el matrimonio que se celebra. Para esto el presbítero encuentra en el ritual del sacramento una serie de textos que pueden ser utilizados por temas para iluminar con la predicación la vida de los novios, por ejemplo: la pareja fuente de vida: (Gn 1, 26-28; Tob 7, 9-7; Mt 19, 3-6); confianza en el amor: (Cant 8,6-7; Rom 8, 31-39; 1Cor 13,1-8; 1Jn 4,7; Mt 7, 21-29; Jn 15, 9); cualidades del amor: (Gn 2, 18-24; 1Cor 12, 31- 13,8; Jn 13, 1-17; unidos en matrimonio para servir a todos: (Rom 12,1-2.9-18; Mt 5, 1-16). En la celebración del sacramento el presbítero que preside la liturgia está obligado a exponer con fidelidad los contenidos de la palabra de Dios acerca de lo que se celebra en el sacramento y a animar en la fe la entrega generosa de los contrayentes para su realización en la vida matrimonial.

#### 2.4.2 *La liturgia de la Palabra en el sacramento del orden*

“Para apacentar al pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo Señor instituyó en su Iglesia diversos ministerios, ordenados al bien de todo el cuerpo” (LG 18). En la institución de estos ministerios para la vida de la Iglesia la palabra de Dios es determinante e importante.

En toda la celebración del sacramento del orden la palabra de Dios se le da su debida importancia, pero de manera especial en la liturgia de la palabra. Desde los mismos ritos iniciales el Evangelionario es portado por uno de los dos diáconos que acompañan al obispo, luego es depositado sobre el altar, es llevado en procesión hasta el ambón (lugar de la palabra en la celebración litúrgica), y es procla-

<sup>62</sup>

LLIGAS, Joseph. BAUTISMO, MATRIMONIO Y EXEQUIAS. Materiales y mociones. Barcelona: Centre de pastoral Litúrgica, 1995. p. 53

mado solemnemente en la celebración litúrgica<sup>63</sup>. Además en la ordenación de los diáconos la palabra de Dios es entregada en sus manos y en la de los obispos la palabra de Dios es puesta sobre su cabeza en señal que es confiado a la palabra de la cual tiene que ser su testigo. “Los ordenados ya con las vestiduras diaconales, se acercan al obispo, se arrodillan ante él, y el obispo entrega a cada uno en las manos, el evangelario, mientras dice: *recibe el Evangelio de Cristo*”<sup>64</sup>. En la ordenación de los obispos, “el consagrante principal recibe de un diácono el Evangelario y lo pone abierto sobre la cabeza del elegido. Dos diáconos, a la derecha y a la izquierda del elegido, sostienen el Evangelario sobre la cabeza del elegido, hasta que termine la oración consecratoria”<sup>65</sup>.

Con relación al presbítero se le dice en la homilía predicada por el obispo: “y tu querido hijo, que vas a ser ordenado presbítero, debes realizar, en cuanto te corresponda, la función de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Transmite a todos la palabra de Dios, que has recibido con alegría. Y, al meditar en la ley del Señor, procura creer lo que lees, enseñar lo que crees y practicar lo que enseñas”<sup>66</sup>.

Esto nos hace entender y descubrir la esencialidad e importancia de la palabra en el sacramento del orden sacerdotal. Sacramento que los constituye en portadores y pregoneros de la misma palabra, para una vida ministerial evangélica y crecimiento, desarrollo y vida de la Iglesia. “Que tu enseñanza sea alimento para el pueblo de Dios, que tu vida sea un estímulo para los discípulos de Cristo, a fin de que, con tu palabra y tu ejemplo, se vaya edificando la casa, que es la Iglesia de Dios”<sup>67</sup>. Por último en el examen que hace el obispo a los que se disponen a recibir el ministerio del orden presbiteral el obispo les pregunta: “¿realizarás el ministerio de la palabra, en la predicación del Evangelio y la exposición de la fe católica, con dedicación y sabiduría?”<sup>68</sup>. El elegido contesta al obispo como tiene que contestar todo ministro de la palabra. “Sí, lo

<sup>63</sup> Cfr. CELAM, Pontifical y Ritual Romanos. Colección Libros litúrgicos. Barcelona: DELC, 1978. p. 99

<sup>64</sup> CELAM, Departamento de Liturgia. Ceremonial de los obispos. Colección DELC. Ceremoniales. No. 07. Bogotá: CELAM, 1991. n. 512

<sup>65</sup> Ibid, n. 583. Cfr. CELAM. Pontifical y Ritual Romanos, Op. Cit., n. 25

<sup>66</sup> CELAM, Op. Cit., p. 101. Cfr. ARDUSSO, Franco. Magisterio Eclesial. Al servicio de la Palabra. Madrid: San Pablo, 1997, p. 182-193

<sup>67</sup> Ibid, p. 101

<sup>68</sup> Ibid, p. 102

haré”. Con esto los ministros ordenados se ponen en la línea de los profetas de la antigua Alianza, en obediencia perfecta con el Maestro de Nazaret y en comunión de fe y amor con los apóstoles ministros del Evangelio de Jesucristo en el Nuevo Testamento.

Todas las celebraciones sacramentales están precedidas por la celebración de la liturgia de la palabra, esto es lógico porque los sacramentos que celebramos son “sacramentos de la fe”. La fe es una condición indispensable para celebrar con provecho y buena disposición los sacramentos y hacer nuestra la salvación. “La fe tiene una dimensión simbólica porque anticipa los bienes futuros, esto es, la vida eterna”<sup>69</sup>. “La fe es comunión con Dios. Comunicación que lleva a la comunión. Nos hace participar del amor infinito de Dios”<sup>70</sup>. De esta manera se puede precisar el tipo de definición bulmaniana “recepción de la palabra de Dios”, diciendo que la fe es la “*recepción de Dios que se da*”, porque la fe es la recepción de la palabra de Dios y la acogida del Espíritu Santo en el corazón de la persona<sup>71</sup>. “La palabra de Dios, es pues, el hecho primero que determina el sentido de su vida, y la forma extraordinaria en que la palabra surge en ellos, hace que atribuyan su origen a la acción del Espíritu Santo”<sup>72</sup>. Por eso la lectura y predicación de la palabra, es necesaria y fundamental de manera especial en el sacramento del orden, para que los que van a ser destinados en primer lugar a la predicación, sean obispos, presbíteros y diáconos, la escuchan, interioricen para recibir el sacramento en la fe de la Iglesia que van profesar con valentía como ministros de la palabra.

El nuevo leccionario del ritual de ordenación recoge en las lecturas, ejemplos de vocación plasmadas en la Escritura donde se da una respuesta a la llamada. Se nota la preocupación del leccionario por especificar las características que han de acompañar la vocación que se elige para el servicio de Dios y de la Iglesia. “Se trata en todos los casos, de un servicio a la Iglesia desde una focalización en la palabra,

<sup>69</sup> ROVIRA BELLOSO, Joseph M. Los Sacramentos, Símbolos del Espíritu. Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2001. p. 80

<sup>70</sup> Ibid, p. 83

<sup>71</sup> Cfr. Ibid, p. 81

<sup>72</sup> D'ARCYS, Jacques. Manual de Preparación al Rito de Admisión, Ministerios y Órdenes Sagradas. Aspectos históricos, teológicos, canónicos, funcionales, litúrgicos y espirituales. Bogotá: CELAM, Vol. I. 1998. p. 411

y una interrelación con las demás áreas de la misión<sup>73</sup>. El nuevo ritual además, “manifiesta una profunda relación entre palabra de Dios y liturgia en general, más todavía cuando se celebra el rito de ordenación del obispo, de los presbíteros y de los diáconos<sup>74</sup>. Manifiesta una riqueza bíblica impresionante. A continuación se presentan las características de esta riqueza del nuevo leccionario:

- a) Un primer aspecto que hay que tener en cuenta es la unidad entre liturgia de la palabra y liturgia del sacramento, en este caso entre dos sacramentos (Orden y Eucaristía), constituyendo un sólo acto de culto (Cfr. SC 56). Esto quiere decir que la palabra alcanza su finalidad para la cual es proclamada y celebrada.
- b) Un segundo aspecto, es el dinamismo de la palabra que, unida a la fuerza poderosa del Espíritu, suscita la fe de la asamblea, fe que se hace aceptación de la fe de Dios y respuesta mediante el canto y la oración (Cfr. SC 33; 48).
- c) En este sentido cabe percibir el movimiento invisible de la palabra y del Espíritu, desde el Padre a la asamblea y de ésta a Él, para descender, por el ministerio del que preside, sobre los elegidos.
- d) Esta consideración conduce a otra. El bautizado que es llamado en la comunidad para ser consagrado mediante la unción del Espíritu y enviado para la misión, se convierte en el centro de la plegaria de la asamblea y del ministro que la preside, el cual invoca sobre aquel el espíritu de soberanía. La palabra que es inseparable del Espíritu en toda operación divina, creadora y vivificante viene de la misma manera que venía sobre los antiguos profetas (Cfr. Dt 18, 18; Jr 1, 9)<sup>75</sup>.

Por último, al hacer un recorrido por las lecturas bíblicas, para la liturgia de la palabra nos encontramos con los siguientes temas

<sup>73</sup> BOROBIÓ, Dionisio. Pastoral de los Sacramentos, Op. Cit., p. 252

<sup>74</sup> D'ARCYS, Jacques. Manual de preparación al Rito de Admisión, Ministerios y Órdenes Sagradas. Aspectos históricos, teológicos, funcionales, litúrgicos y espirituales. Bogotá: CELAM, Vol. III, 2000. p. 178

<sup>75</sup> Cfr. LÓPEZ, Julián. “El Leccionario del Ritual de Órdenes”. En: Phase, Barcelona, Año 139 (1984); p. 23-25



bíblicos-teológicos que tienen como centro a Cristo como punto de confluencia de todo carisma y ministerio por el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. Los temas fundamentalmente son: Cristo (en él reside la plenitud de todo don, función y ministerio), Espíritu Santo (después de la glorificación de Cristo, es él quien garantiza la continuidad de la misión en la Iglesia del resucitado suscitando nuevos enviados), elección (quienes en la Iglesia han de desempeñar todo esto, son objeto de una llamada), Palabra\* (entre todos los servicios destaca el ministerio de la palabra), culto y Eucaristía (otro gran servicio ministerial, de todo el pueblo sacerdotal y de los que dentro del él son elegidos para ello, es el culto y la Eucaristía)<sup>76</sup>.

## **2.5 La Palabra en los sacramentos de curación**

### *2.5.1 La Liturgia de la palabra en el Sacramento de la Penitencia*

La liturgia de la palabra en el sacramento de la reconciliación, es una palabra de perdón, de misericordia, de encuentro con el Dios misericordioso, es palabra de liberación, es palabra que llama a la conversión. El nuevo ritual de la penitencia reconoce el valor de la predicación para mover a la conversión<sup>77</sup>. “Por la palabra de Dios el fiel es iluminado para discernir sus pecados y es llamado a la conversión y a confiar en la misericordia de Dios” (RP 17).

Mediante la palabra proclamada, el cristiano es llamado a la conversión, esta es condición indispensable para entrar a vivir el reino de salvación proclamado por Cristo y también lo es del sa-

En cuanto al tema de la palabra, éste consiste en proclamar la palabra (2Tm 4), hablar Palabra de Dios (1 P 4), no adulterándola (2Cor 4), predicar, enseñar, exhortar (Rom 12; Mt 28 1Cor 12; 2Cor 4; 2 Tm 3), anunciar (Lc 4; 1Cor 9; 1 Jn 1), cuidar de la lectura y la enseñanza (1Tm 4; Cfr. Ne 8; Sal 18; 118), profetizar e interpretar (1 Cor 12). Cfr. D'ARCY, Jacques. Vol. III, Op. Cit., p. 189.

<sup>76</sup> Ibid, p.186-190.

<sup>77</sup> Cfr. RECONCILIACIÓN Y PENITENCIA. Aporte para el sínodo episcopal de 1983. Bogotá: CELAM, No 53, 1983. p. 68. Cfr. BACA PAUNERO, Enrique. El Sacramento de la Reconciliación. En: Didascalía. Rosario, No. 367 (Nov 1983); p. 26. Cfr. BURGALETA, Jesús Tomás. La Celebración Comunitaria de la Penitencia. En: Phase. Barcelona, No. 37, Año 07 ( 1967); p. 81-82.



cramento. “El centro del sacramento es la conversión penitencial, que supone el cambio profundo del corazón y de la vida hacia el ser y deber del cristiano, hacia el ideal y la misión recibidas y aceptadas”<sup>78</sup>. “Predicación de la fe para llamar a la conversión” (RP 57). “La conversión es algo así como el <<motor de la vida cristiana>>”<sup>79</sup>.

Es tan importante predicar la fe por medio de la palabra que el rito de la penitencia prevé en el acto de la celebración una o más lecturas bíblicas o, en las confesiones individuales de un sólo penitente, por lo menos la recitación de un texto breve de la Sagrada Escritura y la correspondiente homilía<sup>80</sup>.

El presbítero ministro de la palabra en el sacramento de la penitencia juega un papel importante, tanto en la predicación como en el momento de pronunciar la fórmula de la absolución de los pecados. “Debe aparecer de manera viva y eficaz la acción de la palabra cuando el ministro pronuncia la fórmula de absolución de tal modo que permita al penitente oírla distintamente como voz de Cristo que, por su ministro, perdona los pecados”<sup>81</sup>.

El ritual de la penitencia comprende más de ochenta lecturas bíblicas, de las cuales el presbítero puede echar mano para preparar una buena y eficaz liturgia de la palabra, con la sugerencia de que se puede elegir entre ellas de acuerdo a las diversas circunstancias reales de los penitentes. Más aún, se afirma que “el sacramento de la penitencia debe ofrecer facilidades para escuchar la palabra de Dios, dado que es con su palabra como Dios llama a la conversión y lleva al cambio del corazón” (RP 8).

<sup>78</sup> BOROBIO, Dionisio. Misión y ministerios Laicales. Salamanca: Sígueme, 2001. p. 82

<sup>79</sup> BOROBIO, Dionisio. El Sacramento de la Reconciliación. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1976. p. 37

<sup>80</sup> Cfr. RECONCILIACIÓN Y PENITENCIA, Op. Cit., p. 69. Cfr. Rito de la penitencia 43, 51, 52, 60; Cfr. LLIGADAS, Joseph. Confirmación y Primera Comunión, Penitencia y Unción. Materiales y moniciones. En: Dossiers CPL 88, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2001. p 84-152. en este último texto se da una preponderancia e importancia a la celebración de la liturgia de la palabra, de tal manera que, a través de varios esquemas para los diferentes tiempos que celebramos en el año litúrgico, se nota esta afirmación.

<sup>81</sup> RECONCILIACIÓN Y PENITENCIA, Op. Cit., p. 68



En el desempeño de su ministerio el presbítero en el sacramento de la penitencia hace posible la realidad salvífica de Dios, en primer lugar por la predicación de la palabra como lo hizo el mismo Jesús de Nazaret.

“En el ámbito de la acción salvífica de Cristo, se pueden distinguir dos objetivos inseparables: de un lado una finalidad que puede ser definida como de carácter intelectual: enseñar, instruir a la muchedumbre que estaba como ovejas sin pastor (Cfr. Mt. 9, 36), encaminar a las inteligencias a la conversión (Cfr. Mt 4, 17). Y por otra parte, mover los corazones de quienes le escuchaban hacia el arrepentimiento y la penitencia por los propios pecados, abriendo de esta manera camino a la recepción del perdón divino”<sup>82</sup>.

Para el presbítero, además de proclamar la palabra en las diversas formas de predicación, enseñanza, catequesis e incluso, en los medios de comunicación social, queda siempre como válido e indispensable el contacto personal, como lo atestiguan las conversaciones del Señor Jesús con Nicodemo, Zaqueo, la Samaritana, Simón el fariseo y otros muchos. Por eso son muy dignas de alabanza y también de ser animadas, las actitudes de aquellos sacerdotes “que a través del sacramento de la penitencia o a través del diálogo pastoral, se muestran dispuestos a guiar a las personas por el camino del Evangelio, a alentarlas en sus esfuerzos, a levantarlos si han caído, a asistirles siempre con discreción y disponibilidad” (EN 46).

Hoy más que nunca se necesita esta actitud de los presbíteros en medio de las comunidades parroquiales, donde muchos cristianos vienen en busca y necesitados del perdón y la salvación de Dios. Ellos cargados de tristezas, angustias y desesperación, necesitan encontrar al pastor que con la palabra de Dios los llame a la conversión, cure sus heridas dejadas por el pecado, los llame a la comunión de vida con Dios, como lo hacían los profetas de Israel, comunión en una nueva Alianza sellada con la sangre de Cristo. Les haga posible la salvación de Dios en sus vidas, la liberación de sus pecados

<sup>82</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. El presbítero, Maestro de la palabra, Ministro de los Sacramentos y Guía de la comunidad, ante el tercer milenio cristiano, Op. Cit., p. 20



por medio de la absolución sacramental. Para que vuelvan a la vida de la gracia y la comunión con Dios cargados de esperanzas a emprender nuevamente el camino de la vida, y de la gracia alcanzada en el sacramento de la penitencia. “La palabra de Dios es al mismo tiempo la que fecunda la vida del Creyente y lo juzga. El esfuerzo del cristiano consiste en querer ser dócil a la palabra que ha sido plantada en él”<sup>83</sup>.

No cabe la menor duda de que el ministerio del presbítero en el sacramento de la penitencia es esencial e importante, para su vida de fe y vida de la comunidad, ya que él tiene que ser también, un penitente en el sacramento y con respecto a la comunidad, el ministro reconciliado que actualiza la acción salvadora de Dios en primer lugar por la palabra proclamada que llama a la conversión y el encuentro personal con el hermano que ha caído y ahora se levanta por la acción salvadora y liberadora de Dios en el sacramento.

### 2.5.2 La liturgia de la Palabra en el Sacramento de la Unción

La predicación del presbítero en el sacramento de la unción, va dirigida a unos hermanos asediados por la enfermedad o por los problemas que no permiten tener una salud integral que permita vivir en plenitud la vida humana\*. El presbítero al comunicar una palabra de vida y esperanza, afirma la vida en un signo de la acción liberadora y salvífica de Dios en la historia (Cfr. Jn 10, 10). “La palabra del Señor se hace escuchar desde los rostros sufrientes de los hombres y mujeres de este pueblo latinoamericano y nos dice que tiene hambre y sed, que está enfermo y nos llama a comprometernos

<sup>83</sup> LLIGADAS, Joseph. Confirmación y Primera Comunión, Penitencia y Unción. Materiales y moniciones, Op. Cit., p. 127

Los destinatarios de la pastoral de enfermos son: ancianos y personas mayores, enfermos con enfermedades graves, enfermos con enfermedades crónicas, enfermos psíquicos y dementes, enfermos de SIDA, drogadictos, homosexuales, los atezados por la ansiedad, los jubilados, inmigrantes y refugiados, deprimidos y esquizofrénicos. Señalar los destinatarios del sacramento de la unción, es para comprender de alguna manera el concepto amplio que tenemos que manejar en el campo de la evangelización y que hay que tener en cuenta. Los nuevos enfermos a los que el presbítero tiene que predicar la salvación del reino. Cfr. Borobio, Dionisio. Misión y Ministerios Laicales. Op. Cit., p. 84





en el cuidado de la vida y de la salud ante las múltiples amenazas que la acechan en nuestra realidad”<sup>84</sup>.

El presbítero a partir de las lecturas proclamadas previas al sacramento, comparte con sus hermanos a un Cristo solidario con la situación humana. “El presbítero en el sacramento de la unción es signo de Cristo Maestro y médico para con el hermano enfermo”<sup>85</sup>. “Por la unción de los enfermos alivia a éstos” (PO 5). Cristo que se solidariza con el dolor de los enfermos, se identifica con el que sufre. En este aspecto es importante traer a la memoria de los que sufren a Jesús que sufrió pasión y muerte de cruz, para liberarnos del pecado y de la muerte; por eso brilla como palabra de vida (Cfr. Filp 2,6-8; Mt 25, 31ss; Filp 2,16). “Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en la sinagoga, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia del pueblo” (Mc 2, 3-11).

El Señor Jesús en su predicación del evangelio del reino se acercó a los enfermos, a los pobres, a las mujeres y a todos los excluidos, a los marginados de las instituciones religiosas y políticas de la época, no para reforzar su situación de excluidos, de marginación y de dolor, sino para hacer posible la salvación en medio de ellos. Atender a los enfermos es el proyecto de Dios en medio del dolor y sufrimiento (Is 61, 1-2). Según Borobio, estos son los rasgos esenciales del comportamiento de Jesús, y por lo tanto del presbítero pastor y maestro de sus hermanos los enfermos:

- a) Jesús es el verdadero cumplidor de las promesas mesiánicas de liberación de la enfermedad, y del dolor con sus palabras y sus obras, con su vida, muerte y resurrección (Jr 33, 17ss; Is 35, 5ss; Mt 11, 3-6; Lc 4, 21).

<sup>84</sup> TARRÁN, Adriano. Guía de Pastoral de la salud para América Latina. Bogotá: CELAM, 2000. p. 27; Cfr. Mt 25,31; Puebla 31; SD 178-179.

<sup>85</sup> GEIST, H. Y Otros. Ministerio Sacerdotal y Trinidad. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1993. p. 206

“El nuevo ritual de la unción de los enfermos ha previsto que haya una oportuna catequesis, que mueva a la comunidad cristiana a proporcionar alivio a los enfermos mediante visitas a domicilio; les facilite el comprender el significado y el valor cristiano del sufrimiento por un encuentro apropiado con la palabra de Dios”. FAVALE, Agustino, Op. Cit., p. 169.



- b) Jesús es acogedor y amigo de los enfermos, a los que se acerca, por los que ora, a los que escucha y consuela y a los que saca de su marginación y soledad (Mt 11, 24; 9-13; Lc 11, 2-4).
- c) Jesús es médico integral, que cura las enfermedades y libera del demonio y del pecado (Mc 10, 8-10; Jn 9; Lc 11; Mc 7), sobre todo por el poder de la palabra (Mc 5; Mc 1; Lc 17).
- d) Jesús es el amigo que salva y que pide una relación personal de confianza en él (Mc 10, 48; Lc 17, 13).
- e) Jesús es el verdadero salvador, con su misterio pascual, no solamente asume la enfermedad y carga con nuestros dolores, sino que también descubre de una vez y para siempre el sentido de la enfermedad y del dolor\*. Transformando su oscuridad en luz salvadora a través del amor y la entrega a los demás<sup>86</sup>.

### **3. La Palabra en la praxis de la Iglesia**

#### **3.1 La Palabra en la predicación**

El Señor Jesús es un predicador por excelencia. El contenido de su predicación es el reino de Dios<sup>87</sup>. Este reino es predicado en primer lugar en palabras; en su predicación, comunica lo que ha escuchado al Padre. Toda la vida de Jesús es una predicación del reino del Padre, de lo que ha escuchado al Padre. La predicación de los apóstoles, tiene como contenido las palabras de Jesús que se convierte de mensajero en mensaje, con su vida, pasión, muerte y resurrección. Después de su ascensión, los apóstoles son enviados con el poder del Espíritu Santo a proclamar esta verdad de fe, esta es una misión universal de salvación. "Proclamad el Evangelio hasta los confines del

508

<sup>86</sup> Cfr. BOROBIÓ, Dionisio. Pastoral de los sacramentos, Op. Cit., p. 298-299  
<sup>87</sup> Cfr. MALDONADO ARENAS, Luis. El Mensaje de los Cristianos. Estudio Bíblico-teológico en torno al contenido del testimonio y el anuncio de la Palabra. Barcelona: Juan Flores, Editor, 1965. p. 55-95. Cfr. LASSO, Pablo. La predicación en el NT: anuncio del reino como alternativa global a un estilo de vida. En: Sal Terrae, Santander. Vol. 66, No. 778 (Mar 1978); p. 190

mundo” (Mt 28, 18). Estas palabras constituyen desde el principio mismo de la Iglesia la esencia y fundamento de su quehacer en el mundo a través del tiempo<sup>88</sup>. Y son también de igual manera centro del ser y quehacer del presbítero en la actualidad.

La misión de proclamar el evangelio, sigue siendo tarea primordial y urgente en todo el mundo y de manera especial para el presbítero latinoamericano. “Todo el servicio ministerial de los sacerdotes tiene como objetivo ofrecer a los hombres una esperanza de salvación, anunciar al mundo la verdad que puede orientar nuestra existencia, e introducir en la vida humana el auténtico amor”<sup>89</sup>. El anuncio del evangelio sigue siendo actual y necesario, para un pueblo que sufre y que en medio del sufrimiento se siente necesitado de salvación. «Su predicación es el puente que une la palabra de Dios, siempre la misma e inmutable, con las necesidades, inquietudes, deseos y anhelos del hombre concreto y actual”<sup>90</sup>. Pues, el presbítero, a través del ministerio de la palabra, está al servicio de la palabra que comunica y hace presente eficazmente el mensaje de salvación. Mensaje que necesita escuchar nuestro pueblo crucificado en la pobreza. La palabra que predica el presbítero es una palabra creadora de nuevas situaciones en la vida de los que la escuchan, “su palabra resonante hace existir, su palabra articulada y ordenada crea un mundo ordenado. Es una palabra cargada de voluntad, de fuerza creadora...no sólo crea una existencia, como presencia inerte, sino que crea una actividad, un dinamismo irresistible”<sup>91</sup>.

La predicación del presbítero cuyo contenido es la palabra de Dios, tiene que ser fuente de nueva vida, de esperanza, de salvación. Ese es su ministerio primario y fundamental para la vida de la Iglesia, para la vida del hombre destinatario de su mensaje<sup>92</sup>. “El pueblo de

<sup>88</sup> Cfr. CASTRO CUBELLS, Carlos. Proclamad el Evangelio hasta los confines del Mundo. En: Surge. Vitoria. Vol. 29, No 294, Año 31 (Mar 1971); p.111-116

<sup>89</sup> PAGOLA, Antonio José. El servicio a la Palabra. Algunas reflexiones sobre el ministerio del Sacerdote, Op. Cit., p. 102.

<sup>90</sup> LLOPIS, Juan. El Sacerdote, Servidor de la Palabra y de los Sacramentos. En: Phase, Barcelona, No 43, Año 38 (1968); p. 43

<sup>91</sup> ALONSO SCHÖKEL, Luis. La Palabra en Acción. En: Sal Terrae, Santander, Vol. 52, No 4 (Abr 1954); p. 195. Cfr. LLOPIS, Juan. El Sacerdote Servidor de la Palabra y de los sacramentos, Op. Cit., p. 41

<sup>92</sup> Ibid, p. 42. Cfr. BOROBIO, Dionisio. Del Ministerio de la Palabra Divina. En: Phase, Barcelona, No. 141, Año 24 (May-Jun 1984); p. 196. Los ministros sagrados han de tener en mucho la función de predicar.

Dios se congrega primeramente por la palabra de Dios vivo, que con toda razón es buscada en la boca de los sacerdotes” (PO 4). La palabra que el presbítero predica “no es puramente humana, sino que es palabra de Dios; y cuando el hombre recibe dicha palabra por la fe, esa palabra despliega su energía salvadora <<energeitai>><sup>93</sup>. “Su predicación no debe reflejar opiniones propias, por bien fundamentadas que estén, sino únicamente la doctrina de Cristo...Partiendo de la palabra divina, el sacerdote ilumina la vida real y concreta de los hombres”<sup>94</sup>.

Nuestro pueblo necesita esa palabra de vida que ilumina, que transforma el corazón y hace vivir el mundo de dolor con esperanza y fortaleza. “La predicación Sacerdotal, que en las circunstancias actuales del mundo resulta no raras veces difícilísima, para que mejor mueva a las almas de los oyentes no debe exponer la palabra de Dios sólo de modo general y abstracto, sino aplicar a las circunstancias concretas de la vida la verdad perenne del evangelio” (PO 4).

### 3.2 La Palabra en la Catequesis

El presbítero ministro de la palabra es un catequista por excelencia. En su ministerio tiene que darle la importancia debida a la catequesis, importante en su ser y quehacer, también necesaria para la vida de la Iglesia. «En lo referente a la palabra, el ministerio más importante es sin duda el del catequista. Detrás de este nombre se encierran diversidad de funciones. Responsabilidad, dedicación, formación, entrega porque está en referencia a la palabra»<sup>95</sup>. Su ministerio de catequista es importante en la comunidad porque está en referencia a la palabra. Esta palabra de Dios es el objeto específico de nuestra fe cristiana y es la razón de ser de la Iglesia. La iglesia existe para escuchar con devoción la palabra de Dios y proclamarla con valentía<sup>96</sup>.

El relieve que el catequista ha venido a tener en los años preconciiales y posconciiales va al unísono con la importancia dada

<sup>93</sup> ALONSO SCHÖKEL, Luis. La Palabra en Acción, Op. Cit., p. 201

<sup>94</sup> LLOPIS, Juan, Op. Cit., p. 43

<sup>95</sup> BOROPIO, Dionisio. Ministerio sacerdotal. Ministerios laicales, Op. Cit., p. 57

<sup>96</sup> DE VOS, Frans. Las Fuentes o Mediaciones en la Catequesis. En: Teología y Catequesis, Madrid, No. 45-48 (En-Dic 1993); p. 453; Cfr. DV 1



al ministerio de la palabra y, en general, a la tarea evangelizadora, catequética, educativa, a todos los niveles<sup>97</sup>.

Esta catequesis ha de tener como fundamento esencial la palabra de Dios. «La única fuente de la catequesis es la palabra de Dios vivo»<sup>98</sup>. La palabra de Dios a partir de la importancia que le dio el Concilio Vaticano II, ha pasado a ser el centro y fundamento de la catequesis. «La catequesis es una profundización y una continuación de la evangelización, y está orientada hacia la vida plena de los fieles en la Iglesia y en el mundo. Por este motivo su contenido, su fuente, su norma y su inspiración no puede ser otra que la palabra de Dios, transmitida mediante la tradición y la Escritura»<sup>99</sup>. Esta profundización debe permitir a cada uno de los creyentes madurar de manera progresiva en la conciencia de la propia fe, correlativamente a la edad, la cultura y las propias exigencias espirituales y las propias responsabilidades religiosas<sup>100</sup>.

Así tenía que ser ya que la catequesis es vital para la vida de la Iglesia, ya que la Iglesia necesita renovarse y beber de la fuente de vida que es la palabra de Dios.

La Exhortación apostólica de Juan Pablo II *Catechesi Tradendae* ha podido afirmar, que la catequesis «ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos... y será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia» (CT n. 27).

La palabra de Dios debe iluminar toda la acción catequética, para que los destinatarios se dejen interpelar por ella, la conozcan en profundidad y la vivan orientando por ella toda su existencia. Por

<sup>97</sup> BOROPIO, Dionisio. Ministerio sacerdotal. Ministerios Laicales, Op. Cit. p. 57.  
<sup>98</sup> DE VOS, Frans. Las fuentes o Mediaciones de la catequesis, Op. Cit., p. 456. Cfr. MARTIN BARRIOS, Juan Luis. La Dimensión Bíblica de la Pastoral catequética en España desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días. En: *Teología y Catequesis*. Madrid, No 35-36 (Jul-Dic 1990); p. 376-380. Cfr. Oficio catequético Arquidiocesano. Evangelización y catequesis. Asunción: Editora Litocolor, 1990. p. 31  
<sup>99</sup> LOPEZ MARTÍN, Julián. Revalorizar la Palabra de Dios. ALDABAL, José, LOPEZ MARTÍN, Julián. DOSSIERS. CPL 70, Op. Cit., p. 11  
<sup>100</sup> FAVALE, Agostino, Op. Cit., p. 119



eso la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más se impregne y transmita el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas<sup>101</sup>.

En estos últimos tiempos posconciliares la catequesis ha vuelto a encontrarse con la palabra de Dios y se ha convertido en una lectura continua de los textos bíblicos en su contenido. La oración del cristiano, el Padre nuestro y las normas de vida que encontramos en los evangelios, que se concretan en el mandamiento del amor y las bienaventuranzas. Esta clave que constituye la fe, y el compromiso básico de la Iglesia, no sólo no es ajena a la Escritura, sino que constituye su núcleo esencial<sup>102</sup>. Esto que es el contenido básico de la Escritura pasa a ser el contenido fundamental también de la catequesis. Esto vitaliza en nuestras comunidades parroquiales su vivencia más clara y profunda de la fe por medio de la palabra, ahora que la palabra de Dios se ha vuelto a poner en las manos del pueblo de Dios. En este sentido la catequesis es la pedagogía necesaria para que el mensaje de la revelación, conocido y transmitido por la tradición de la Iglesia, llegue al hombre y a la mujer contemporáneos y sea para ellos fuente de salvación. «Cuando se habla de pedagogía de la fe, no se trata de transmitir un saber humano, aun el más elevado; se trata de comunicar en su integridad la revelación de Dios» (CT 58).

La catequesis más que ser una actividad meramente intelectual, tiene que estar orientada a la vida del creyente. La enseñanza catequística ha tenido hasta ahora casi siempre una finalidad primaria, casi exclusiva, de instrucción. No teníamos suficientemente en cuenta que la doctrina no puede quedarse nunca en el plano meramente intelectual; va esencialmente dirigida a la vida<sup>103</sup>. Está dirigida al corazón del creyente. La misión profética de la Iglesia, de la que forma parte la catequesis, consiste en proclamar la palabra de Dios. Pero esta proclamación no consiste en repetir ni en <<noticiar>> la palabra de Dios. No se trata de un discurso sobre la palabra de Dios sino de una tarea mediadora que <<hace resonar>> la palabra de Dios en el corazón de los oyentes<sup>104</sup>. La

<sup>101</sup> LOPEZ MARTIN, Julián. Revalorizar la Palabra de Dios. En: ALDAZABAL José, LOPEZ MARTÍN, Julián. DOSSIERS CPL 70. Celebrar la Palabra de Dios, Op. Cit., 13

<sup>102</sup> Cfr. ARTOLA M, Antonio, CARO SÁNCHEZ José, Op. Cit., p. 423

<sup>103</sup> ENRIQUE TARANCÓN, Vicente. El Sacerdocio a la Luz del Concilio Vaticano II, Op. Cit., p. 210

<sup>104</sup> DE VOS, Frans. Las Fuentes o Mediaciones de la catequesis, Op. Cit., p. 453



catequesis está al servicio de la palabra de Dios, pero no para repetirla ni para explicarla sino, en primer lugar, para que el catequizado entre en contacto personal con Dios y lo escuche con el oído interior<sup>105</sup>. «El servicio fundamental que presta la misión profética de la Iglesia y, por ende, la catequesis, consiste en ayudar a los creyentes a escuchar la palabra de Dios como palabra viva en su corazón»<sup>106</sup>. Para la Biblia conocer a Dios es un llamado al corazón del hombre que se produce en un contexto de vida más que de saberes de ciencia. Para el semita, conocer expresa una relación personal existencial; conocer a alguien es entrar en relaciones personales con él, relaciones que pueden adoptar muchas formas de grados. En este conocimiento Dios toma la iniciativa<sup>107</sup>.

De esta manera la catequesis se convierte en un medio de evangelización privilegiado de la Iglesia y para la Iglesia. Para que el creyente tenga un encuentro personal con Cristo que le habla en su palabra. Realiza la salvación en el cristiano y al mismo tiempo lo convierte en su testigo en el mundo. En un instrumento de salvación para sus hermanos los hombres, dándoles a conocer y llamándoles a la experiencia del Dios que nos salva en Cristo.

La catequesis además de bíblica tiene que ser cristocéntrica<sup>108</sup>, ya que Cristo es el centro desde donde lee el cristiano las Sagradas Escrituras. «La Biblia nos narra la Historia de salvación de Dios para con los hombres, su designio amoroso y salvador. La Biblia nos narra la experiencia de salvación vividas por los hombres. En el centro de esta historia está Cristo»<sup>109</sup>. La catequesis tiene que ser el medio desde donde el cristiano se encuentre personalmente con Cristo maestro y sentido de su vida.

Sugerencias para una catequesis que lleve al encuentro de Cristo según las Escrituras:

<sup>105</sup> Ibid, p. 454. Cfr. GIL, Pedro M. Que significa una Catequesis profética. En: SINITE, Madrid, Vol. 29, No. 88 (May-Ag 1988); p. 236

<sup>106</sup> Ibid, p. 454

<sup>107</sup> ESPINA PERUYERO, Gonzalo. Conocer las Escrituras para conocer a Jesucristo. En: Catecheticum, Santiago, Vol. 1 (1998); p. 74

<sup>108</sup> Ibid, p. 71

<sup>109</sup> Ibid, p. 72



- a) Dar a conocer la Escritura es un desafío primordial para la catequesis. Se trata de introducir a los catequizando en una adecuada comprensión de la Biblia.
- b) La catequesis debe llevar a la confesión de fe «según las Escrituras». El credo resumen de la Escritura, nos sirve como «fórmula de fe» con la que la Iglesia clarifica y define la fe ante las herejías. Pero la Escritura es el texto fundamental.
- c) Es objetivo capital de la catequesis: que la palabra de Dios, resuene en el corazón de los hombres.
- d) La catequesis ha de llevar al encuentro, corazón a corazón, del catequizando con Cristo.
- e) La catequesis lleva a conocer el corazón de Dios a través de la Escritura.
- f) La catequesis debe poner en contacto con los textos mismos e iniciar en la comprensión y aplicación a la vida.
- g) La Biblia no propone ideas, invita a una experiencia de salvación.
- h) La catequesis ha de provocar un corazón abierto a la palabra. La apertura a la palabra requiere la superación de bloqueos o embotamientos que impidan su escucha y acogida.
- i) La catequesis debe educar en la lectura orante de la Biblia. Lectio divina.
- j) La catequesis encuentra en la Biblia el mejor lenguaje de la fe. La catequesis debe privilegiar la riqueza del lenguaje bíblico.
- k) Finalmente dos exhortaciones de Pablo y unas palabras de Jesús<sup>110</sup>.

- Pablo: - «*Que* la palabra de Dios habite en ustedes en toda su riqueza; enséñense y exhortense unos a otros con toda sabiduría. Y

<sup>110</sup> Cfr. Ibid, p. 76-78



todo cuanto hagan o digan, háganlo en el nombre de Jesús, el Señor, dando gracias a Dios Padre en nombre de él» (Col 3, 16-17)

- Cristo: «Más bien dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 11, 18) «Mi Madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 8, 21).

### **3.3. El seminario una «escuela de escucha, vivencia y celebración de la palabra»**

La comunidad del seminario es una comunidad de llamados para el servicio de la palabra (Mc 3, 14)<sup>111</sup>. «Jesús ha tenido el cuidado de elegir a sus mensajeros. Parte de su evangelio consiste en haber formado, el colegio apostólico, con sus colaboradores, para que se pueda anunciar la Buena Nueva en todas las generaciones»<sup>112</sup>. «El centro de la vocación de Jesús es anunciar y acercar el reino de Dios»<sup>113</sup>.

Por esta razón la comunidad del seminario que es una comunidad signo del reino, tiene que ser una comunidad fundada en la escucha, vivencia y celebración de la palabra de Dios. Una comunidad de experiencia de la palabra, una comunidad que encuentre su riqueza de vida dinámica en las Sagradas Escrituras, una comunidad de profetas de Dios, una comunidad que se edifica y configura sobre la roca que es Cristo palabra por excelencia y definitiva del Padre, una comunidad desde donde se difunda la fragancia de Cristo centro y fundamento de las Sagradas Escrituras. Por eso, «es necesario, en particular, que la escucha de la palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la Lectio divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra que interpela, orienta y modela la existencia» (NMI n. 39; Cfr. PDV n. 47; 26). El Papa Juan Pablo II por su parte en la Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis exhorta a los formadores. «Enséñeseles a buscar a Cristo en la fiel meditación de la palabra de Dios...» (PDV n. 45).

<sup>111</sup> Cfr. JUAN PABLO II. «Pastores Dabo Vobis». Bogotá: Paulinas, 1986. p. 112

<sup>112</sup> PRECHT BAÑADOS, Cristián, Op. Cit., p. 16

<sup>113</sup> MALDONADO, Luis. Anunciar la palabra hoy. Predicación, catequesis, enseñanza. Madrid: San Pablo, 2000. p. 131

La comunidad del seminario, que es la «escuela del evangelio» (PDV n. 42), es el lugar donde se forman los ministros de la palabra. «Alimentarnos de la palabra para ser servidores de la palabra en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad en la Iglesia al comienzo del nuevo milenio»(NMI n.40).

Los mismos estudios teológicos-bíblicos en la enseñanza del seminario tienen que llevar a los seminaristas a un verdadero conocimiento, encuentro personal de corazón a corazón con la Sagrada Escritura ya que la teología halla su fuente de inspiración en la palabra revelada y tiene que ser también fuente de inspiración para la vida del estudiante (Cfr. PDV n. 54)<sup>114</sup>. «El conocimiento de la Sagrada Escritura y su constante lectura formarán parte cada vez más de las tareas profesionales del sacerdote de nuestra generación y de generaciones futuras»<sup>115</sup>.

Un conocimiento no meramente intelectual y técnico con los textos de la sagrada Escritura, sino también, la relación personal, desde la vida con el misterio que nos comunica la palabra de Dios (Cfr. PDV n. 26)<sup>116</sup>. En ese sentido la teología es profética en la vida de la comunidad del seminario. «La teología es profecía en cuanto que es pensamiento que acompaña a la vida a la luz de la memoria viva de la palabra de Dios»<sup>117</sup>. «De este modo queda claro cómo la teología misma puede ser profecía. Ayudando a entender en profundidad el misterio»<sup>118</sup>. «Y la misma investigación teológica ¿no es acaso una investigación profética que intenta en último análisis, suscitar nuevas formas de profecía? Sería una señal preocupante el que la teología tuviera que reducirse a ser un puro proceso de transmisión cognoscitiva mediante el cual unos profesorcillos tratasen de reproducir en serie otros <<repetidores>> en ciernes»<sup>119</sup> El misterio de Dios que nos viene por la

<sup>114</sup> Cfr. PASTORES DABO VOBIS. Aplicación para América Latina. Bogotá: CELAM, 1993. p. 89

<sup>115</sup> CALVO GUINDA, Francisco Javier. Homilética. Madrid: BAC, 2003. p. 30

<sup>116</sup> Cfr. SUBCOMISIÓN EPISCOPAL DE CATEQUESIS. CATECISMO de la Iglesia Católica. Guía para una lectura litúrgica y la predicación, Año A. Madrid: BAC, 1995. p. 9

<sup>117</sup> FORTE, B. La Teología como Compañía, memoria y profecía.. Introducción al sentido y al método de la teología como historia. Salamanca: Sígueme, 1990. p. 182.

<sup>118</sup> FISICHELLA, Rino. Jesús, Profecía del Padre. Madrid: San Pablo, 2001. p. 17.

<sup>119</sup> CAVADI, Augusto, Op. Cit., p. 7

escucha, vivencia y celebración de la palabra de Dios es lo que da vida a la comunidad del seminario, a cada seminarista y a cada uno de los miembros del equipo formador. «Es decir, hace a su pueblo con su palabra. Pero esta palabra para ser eficaz, necesita ser escuchada y seguida, y así va provocar una reacción: en definitiva la salvación»<sup>120</sup>. La palabra de Dios, es acontecimiento que vivifica a la comunidad que se encuentra con ella, la vive, la celebra y la anuncia con las actitudes verdaderamente evangélicas.

La palabra de Dios, además de ser palabra escuchada en el corazón y transformadora de la vida de la comunidad del seminario, es la palabra de Dios que se convierte en palabra celebrada. Es importante la celebración de la palabra de Dios en el seminario porque en ella, Dios habla a su pueblo, Cristo sigue anunciando el Evangelio (Cfr. SC n. 7). Cristo habla y se encuentra con los que ha llamado para su servicio, anuncia la salvación en medio de ellos. Salvación de la que ellos mismos tienen que ser portadores para sus hermanos. Cristo palabra, los configura y los capacita por medio de la escucha, vivencia y celebración de la palabra en el seminario, para la misión en el mundo entero (Mt 28, 18ss). «La acción primordial de la palabra que impregna de significado los demás elementos de la celebración, es ser <<palabra convocadora>>. Es palabra activa que reúne a la asamblea del pueblo de la alianza: <<Reúne al pueblo a mi alrededor y les haré oír mis palabras, para que se las enseñen a sus hijos y aprendan a respetarme todos los días que vivan en la tierra>> (Dt 4, 10)»<sup>121</sup>.

En el campo de la formación es importante lograr que los seminaristas, después de encontrarse con Cristo en su palabra, haberle escuchado, vivido y haber experimentado verdaderas liturgias de la palabra por parte de los formadores, salgan del seminario convertidos en neopresbíteros heraldos del evangelio, en predicadores incansables de la palabra\*, con corazón misionero, verdaderos profetas prendidos

<sup>120</sup> ARANDA, Alberto. La Dinámica Celebrativa. En: Manual de Liturgia. La celebración del Misterio Pascual, Introducción a la celebración litúrgica. Bogotá: CELAM, Vol. I, 2000, p. 113

<sup>121</sup> PALUDO, Faustino, D'ANNIBALE, Miguel Ángel, La Palabra de Dios en la Celebración, Op. Cit., p. 225.

Uno de los problemas en el campo de la formación es que los neopresbíteros no salen con la conciencia clara de que en primer lugar, ellos son ministros de la palabra, heraldos del evangelio de Jesucristo. Esto repercute en la acción

de la palabra de Dios<sup>122</sup>. Verdaderos ministros de la palabra, testigos de la fe en el mundo, esa es la fuente y origen de su vocación<sup>123</sup>.

En los documentos conciliares se afirma que en las dimensiones del misterio prebiteral, la función primaria, es ser ministros de la palabra, función importante y prevalente porque está en orden a la palabra de Dios que suscita la fe en el creyente<sup>124</sup> (Cfr. PO n. 4; LG n. 28; PDV n. 43). Esto tiene que calar en la vida de los formadores y seminaristas para que después en la vida pastoral, tengan plena conciencia de ser en primer lugar predicadores del evangelio, verdaderos apóstoles comunicando las riquezas bíblicas, fundando y fortaleciendo comunidades por medio de la predicación constante del evangelio. «La palabra del presbítero engendra la Iglesia, por cuanto a través de ellos la Iglesia se construye, en nombre de la palabra del pastor, como comunidad de Cristo y no del propio presbítero, fundamentada sobre el anuncio primero de los apóstoles»<sup>125</sup>. «El sacerdote es, ante todo, ministro de la palabra de Dios; es el ungido y enviado para anunciar a todos el evangelio del Reino, llamando a cada hombre a la obediencia de la fe y conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión cada vez más profundas del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo» (PDV n. 26). Es el maestro de la fe, “en el mundo hay mucho agobio, mucho sufrimiento, mucho sin sentido. Se requiere urgentemente la proclamación del Evangelio y hay oídos muy atentos para escuchar su mensaje...es un signo del hambre de Dios que tiene la gente y las preguntas quemantes con que buscan a los Maestros de la fe”<sup>126</sup>. El presbítero emprende su misión en el mundo, suscitando la fe en el corazón de los hombres, profundizándola en la catequesis bien organizada y teniendo como fundamento de ella la misma palabra de Dios; por último celebrándola en los sacramentos de la comunidad de fe y guiándola a una verdadera vida en la máxima expresión del amor de Dios el Verbo hecho carne Jesucristo nuestro Señor.

pastoral de los sacerdotes, pues en la práctica son auténticos ministros del culto. Saben de liturgia, saben de teología, pero se notan decadentes en cuanto a la función preponderante y necesaria para la vida de la Iglesia: La función profética. Cfr. MACCISE, Camilo. Profetas de un Mundo Nuevo, Op. Cit., p. 15-16. Cfr. PRECHT BAÑADOS, Cristián, Op. Cit., p 15-17

122

123 Ibid, p. 16

124

125 Cfr. BOROPIO, Dionisio. Los Ministerios en la Comunidad, Op. Cit., p. 228  
RUBIO, Luis. Nuevas Vocaciones para un Mundo Nuevo. Salamanca: Sígueme, 2000. p. 295.

126

PRECHT BAÑADOS, Cristián, Op.Cit., p.17



### 3.4. *Síntesis conclusiva*

La palabra es un elemento esencial del ser y quehacer del presbítero. Es la que lo constituye en ministro de la palabra. Lo llama (vocalización) primero para ser escuchada (DV 10), para dejarse transformar por ella y para ser un enviado (misión) (Mc 3, 14). Esta palabra tiene que ser anunciada por el presbítero al estilo de Jesús. Con coherencia de vida, de tal manera que toda tiene que estar regida por la palabra. Vivir su ministerio de manera radical y para siempre, fiel a la palabra que se le ha confiado. Su vida es un gritar a Dios en medio de los hombres, es vivir «según Dios». La tarea del presbítero es hacer presente a Dios en la vida de los hombres. Es un enviado de Cristo, un servidor de la palabra como él. La palabra es tan importante en su ser y quehacer porque sin su predicación, es imposible encontrar a Cristo, es imposible encontrar la vida eterna y la Voluntad de Dios deja de cumplirse. La palabra es un elemento esencial al presbítero, además porque lo constituye en su ministro y su ministerio está en relación a la fe. Su ministerio es importante para la Iglesia porque aviva la fe de la comunidad, hace presente al resucitado, prolonga la misión de Cristo y de los apóstoles. Esta función es la que marca su fundamental especificidad. Su ministerio lo desempeña en la comunidad con valentía e inteligencia, conducido por el Espíritu. Este Espíritu es el que produce en él la sensibilidad espiritual necesaria para presentar el mensaje de salvación de forma atractiva, situado, encarnado. Dando vida, confianza y esperanza al hombre de hoy en busca de sentido porque el hombre moderno y posmoderno ha expulsado a Dios de su vida. En las celebraciones litúrgicas está por demás decirlo, pero su ministerio es importante, y ésta importancia le viene del lugar preponderante que ocupa a partir de Vaticano II, la palabra de Dios. En la celebración litúrgica, Cristo mismo es el sujeto central de la predicación, del anuncio del Evangelio centro de la revelación (SC 7. 33). Cristo en su misterio pascual es la plenitud de la revelación, el punto culminante del amor de Dios, siempre operante y presente todos los días, especialmente en la liturgia (Cfr. DV 4; SC 6.7.35). El misterio pascual es el centro de la revelación bíblica y es el centro y fundamento de toda celebración litúrgica. Además la palabra de Dios es importante en la liturgia, porque hace presente al mismo comunicante. Se hace existente, relación cercana con el oyente. La palabra de Dios es vida que se derrama en la comunidad de fe.



En los sacramentos, celebraciones litúrgicas por excelencia, el presbítero es en primer lugar ministro de la palabra, está a su servicio. En los sacramentos, la palabra que anuncia el presbítero, suscita y despierta la fe en los oyentes para que se dispongan a celebrar con fe, ésta fe, es necesaria para los efectos válidos del mismo. En los sacramentos teniendo como mediación el ministerio del presbítero, la palabra de Dios es eficaz, creadora. Realiza lo que anuncia, hace presente la salvación en la comunidad que la recibe en la fe. Este anuncio no es mera información es realización de la salvación de Dios en la vida de los hombres. El presbítero anuncia la salvación, que a su vez se confiere con palabras y gestos intrínsecamente unidos en el sacramento. Por medio de la audición de la palabra proclamada por el presbítero, el hombre acoge la salvación y manifiesta su fe al acontecimiento. El presbítero sirve a esta palabra que realiza la obra de la salvación haciéndola viva en la comunidad. Sin su servicio responsablemente desempeñado, la dinámica de la palabra no funciona. De manera especial este servicio el presbítero lo ejerce en la homilía que es una aplicación de las lecturas escuchadas a la vida de los oyentes. La palabra que anuncia el presbítero en los sacramentos, es una palabra que llama a la vida de fe en el bautismo, al testimonio profético con el poder del Espíritu Santo en la confirmación, al encuentro personal, compromiso y robustecimiento de la fe en Cristo en la eucaristía; al compromiso y servicio en el mundo por medio de la vocación específica en los sacramentos del matrimonio y del orden sacerdotal; es una palabra que llama a la conversión y a la confianza en el Dios que se comunica con sus hijos para salvarlos del pecado y la enfermedad en los sacramentos de la penitencia y unción de los enfermos. Es palabra que da vida en los que abren su corazón en la fe y la esperanza. Pero para que haya fe y esperanza es necesaria la predicación del presbítero en las diferentes circunstancias de la vida del hombre y que se viven de manera clara en los sacramentos al servicio de la comunidad.

520

La predicación de la palabra dentro y fuera de los sacramentos, sigue siendo el medio por el cual la vida divina sigue llegando al hombre de Hoy. En este sentido el presbítero tiene que ser un predicador por excelencia, la predicación de la palabra es parte fundamental de su ser y quehacer ya que la palabra es el contenido de la predicación y el contenido de la catequesis ya que es el objeto específico de la fe y la razón de ser de la Iglesia. Su misión en el mundo es

anunciar el evangelio y en el anuncio del evangelio se derrama la salvación en medio de un pueblo sufrido como es el pueblo latinoamericano. El presbítero en la predicación sirve a esta palabra que como se dijo anteriormente, es una palabra eficaz y creadora. Palabra que cuando se predica y profundizada en la catequesis hace presente la salvación. Es palabra creadora cargada de voluntad y fuerza, creadora de un dinamismo irresistible. Creadora de nueva vida y de sentido. Por eso la palabra de Dios proclamada y profundizada por el presbítero en la comunidad de fe, tiene que ser una palabra que toque la vida, que ilumina la existencia, una palabra aplicada, situada y encarnada en la realidad del pueblo. Esto, para que sea significativa y deje un mensaje en el corazón de los oyentes. La palabra es el contenido y fuente de la catequesis. Por esta razón la catequesis ha de estar totalmente impregnada de los textos de la Sagrada Escritura. Tiene que ser profundamente bíblica y cristocéntrica ya que Cristo es el centro de toda la Sagrada Escritura. De esta manera la catequesis está orientada también a la vida y a la profundización de la fe, al encuentro personal a través de la palabra del hombre con Dios. El ministerio del presbítero, que es hacer presente a Dios por la palabra, también está orientado a la vida del hombre y del hombre concreto. Su ministerio de servicio en la palabra es para que el hombre la escuche y la profundice como palabra viva en su corazón.

La palabra de Dios en la enseñanza, de manera especial en el seminario, comunidad de llamados por la palabra y al servicio de la palabra. La palabra de Dios también es importante, de manera especial, en la enseñanza teológica ya que la teología es fundamentalmente profética. Es profética, en cuanto que revela el misterio de un Dios que se comunica por la palabra. Los estudios teológicos-bíblicos de la palabra, más que ser enseñanza meramente intelectual son un medio para que los seminaristas tengan un encuentro personal, de escucha, vivencia y celebración más profunda de la palabra viva que resuena en la vida del seminario. Todo esto es necesario porque es aquí donde se forman los futuros ministros de la palabra y es importante que ellos salgan del seminario (escuela del evangelio), con la conciencia de que en el ministerio prebiteral son en primer lugar, de manera prevalente y fundamental, ministros de la palabra de Dios para suscitar la fe en los hermanos, profundizarla en la catequesis y celebrarla en los sacramentos de la fe que están al servicio de la comunidad.